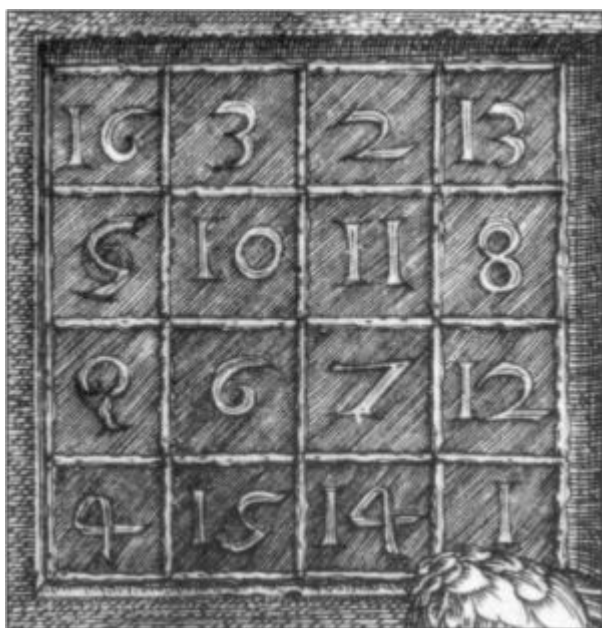


NÚMEROS EMBRUJADOS

(Minicuentos, relatos breves...)

XABIER GALARRETA



Números mágicos, Durero

© Marjinalia Bilduma

© Xabier Galarreta

1999. urtea

Lege-Gordailua: SS-1321/99

**Y ENTONCES SE DIO CUENTA DE
QUE NO ESTABA SOLO EN EL
ESPACIO**

Cuento dedicado a los niños de Chiapas

Cuando vio la Tierra allá abajo, las entrañas comenzaron a estrangularlo por dentro. Pero resistió a la sensación de vómito y se esforzó por gozar de aquel extraordinario paisaje que por primera vez tenía ocasión de admirar.

Corría el año 3018.

—Me estoy haciendo pis.

Por desgracia, el traje espacial era de segunda mano y el inodoro automático de la sofisticada vestimenta no funcionaba correctamente, ya que vertía la orina dentro.

—¡Uf! ¡Siete años luz hasta el váter público más cercano! No sé si podré aguantar...

Ander era casi-casi «de caserío», es decir, era originario de una minúscula población que apenas contaba con más de cincuenta mil habitantes, allá, en el planeta Tierra.

«¡Hola, amigos del espacio!», irrumpió por la radio una voz dulce y sensual. «Tenéis a vuestra disposición el mejor hotel del espacio: el Hotel Neptuno. Venid a conocer nuestras instalaciones y no os arrepentiréis».

Ander apagó enfadado la radio.

—Ni en el espacio me libro de esos merca-
chifles.

Justo en aquél instante, se encontró en me-
dio de una nube de basura.

—¡Puaj! El cohete espacial de las doce ha
debido de pasar por aquí hace poco en su viaje al
sol.

Aunque hizo todo lo posible, no pudo con-
seguir esquivar al «mondongo» volante que iba
justo hacia él. Se le quedó pegado al cristal del cas-
co espacial, a la altura de la boca. Intentó poner en
marcha el limpiaparabrisas, para hacer desaparecer
la caca, pero el artilugio no hizo el menor asomo de
ir a ponerse en movimiento. Así que tuvo que reti-
rar la *merde* con la mano... y lo único que consi-
guió fue empeorar las cosas: la caca era muy blan-
dita, así es que dejó el cristal del casco hecho una
guarrada.

A lo lejos le pareció observar la presencia
de un municipal intergaláctico, y pensó en acudir a
él en busca de ayuda. Pero nada más ponerse en
camino, el parabrisas comenzó de improviso a fun-
cionar. Al tiempo que se balanceaba a derecha y a
izquierda, lanzaba generosos chorros de agua y
detergente.

Acoquinado por el silencio del espacio, de
nuevo encendió la radio.

«¡Discoteca, Exposición Interestelar y el Zoológico Espacial más temible! ¡Ven a conocer el Hotel Neptuno!»

Apagó la radio por segunda vez.

Era Nochevieja. Faltaban cinco minutos para las catorce horas de la noche. Catorce horas, sí, porque en el año 3018 el día tenía veintiséis horas. El progreso. Ya sabéis, la civilización...

Ahora, miró más tranquilo hacia la Tierra. Al principio, le costó dar con Euskal Herria. Pero, de repente se alzó una nube de polvo con forma de hongo o champiñón, que desapareció con rapidez.

—¡Bingo! —exclamó Ander—. Ya sé donde está.

Sin embargo, de forma inmediata y en mil sitios diferentes de la Tierra, comenzaron a producirse explosiones que alzaban nubes de polvo en forma de hongo, de manera que dudó si aquella porción insignificante de tierra que acababa de divisar era realmente Euskal Herria.

—Cuando regrese a casa, tendré que tomar un montón de píldoras.

Las explosiones con forma de hongo no eran sino explosiones nucleares, claro está. De to-

das maneras, las bombas atómicas ya no eran tan peligrosas como en el siglo XX: bastaba con tomar un montón de píldoras para que no tuvieran efecto alguno en el ser humano. Tampoco herían a nadie. Pero los sordos se contaban por millones. Ésa debía de ser la razón por la que los televisores de tantísimos vecinos se escucharan siempre a todo volumen, ya que a consecuencia de las explosiones por lo visto se habían quedado buena parte de los habitantes del planeta más sordos que una tapia.

Ander sintió un gran picor justo a la altura del ombligo; claro que, no vayáis a creer que es cosa fácil rascarse dentro de un pesado traje espacial...

Cerca de la luna, acertó a pasar un meteoro envuelto en llamas. La ola de calor llegó hasta donde Ander flotaba en el espacio.

—¡Mecachis la puñeta! ¡Vaya una sauna! —exclamó—. Como para hacer un streptese...

A Ander le entró la risa loca, allá, en medio de aquél espacio que no tenía nada de poético.

Encendió otra vez la radio.

«¡Acércate a Neptuno! ¡Te daremos la bienvenida con un auresku!»

Pensó en apagar la radio, pero en esta ocasión la dejó como estaba. A fin de cuentas, se hallaba en el espacio. Él, que no era casi-casi más que un mocoso de caserío; y que tenía unas ganas irreprimibles de orinar; y que aparte de apagar o encender la radio no podía hacer otra cosa, porque estaba cansado de oír su voz interior y necesitaba escuchar una voz que no fuera la suya...

Miró la hora en su reloj. Todavía le quedaba oxígeno para otras 48 horas. Más que suficiente para regresar a la Tierra. O para ir al Hotel Neptuno. Para hacer cualquier cosa. Si tomaba la Autopista de la Información, en pocos minutos se encontraría a cientos de kilómetros luz. Sin embargo, le daba pena marcharse, pues se trataba de la primera vez que vagaba por el espacio sin sus padres. ¡Qué diablos! Tenía que aprovechar la ocasión. Por supuesto, no contaría a sus amigos nada acerca de la humillante experiencia sufrida con el mondongillo adherido al cristal de su casco espacial...

Iba a demasiada velocidad. Y él no quería ir tan deprisa. En el ordenador espacial escribió un mensaje:

«Reducir velocidad».

Allá abajo, en la Tierra, volvieron a alzarse otra media docena de nubes con forma de hongo, y a Ander se le revolvieron las tripas pensando en el

montón de píldoras que tendría que tomarse a la vuelta.

Un bidón de gasolina vacío le golpeó en el casco. Enfadado, le dio un manotazo y el bidón salió dando vueltas y vueltas hacia el universo, a toda velocidad. Así era el espacio. Se requería una cierta medida; de lo contrario, existía el peligro de acabar como aquel bidón.

El tiempo pasaba. Pensó que el tiempo siempre iba hacia adelante. El tiempo necesario para hacer algo. Cualquier cosa. Era la primera vez que estaba en el espacio, solo, sin compañía de nadie.

—¿Qué hora será? —se preguntó.

Había olvidado que eran casi las catorce horas de la noche. Pues sí, flotar en el espacio es cosa muy singular. El tiempo se metamorfosea. Siempre es de noche. Y nunca tienes ganas de dormir.

Bueno, eso no es cierto del todo. También en el espacio es fácil quedarse dormido. Es lo que, por ejemplo, le sucedió a Ander. Así que ni siquiera tuvo tiempo de apercibirse del segundo mondongo que, en esta ocasión, quedó adherido a la parte trasera de su casco.

Iba roncando y, al mismo tiempo, flotando en el espacio. Soñaba que estaba en la Tierra; que tomaba un montón de *pilulas* (como llamaba él a las píldoras), al abrigo del techo paterno.

«Una de color verde para ti, otra más para la amá y dos para mí».

El padre de Ander repartiendo *pilulas*.

—Allien!— masculló en sueños, y siguió con los ojos cerrados.

El segundo mondongillo era como una cresta pegada en su casco e hizo reír a una pareja que acertó a pasar por el lugar.

En sueños, también Ander reía. Soñaba que su madre el día de Olentzero le regalaba un nuevo traje espacial.

Allá abajo, en la Tierra, otra andanada de nubes con forma de hongo volvió a sucederse a modo de ráfaga.

—¡Eh, los de abajo! —le pareció a Ander escuchar como desde un túnel. Pero sólo era un sueño.

De repente, una voz dijo en el espacio.

—¿Qué, pepón, echando un sueñecito?

La chica que iba con el jefazo del grupo de motoristas chulapas mostraba una amplia sonrisa desde el interior de su casco.

Pero Ander continuó durmiendo. Y el grupo de motoristas chulapas, como en el fondo eran gente de buen corazón, le dejaron marchar en paz. Además, enseguida se dieron cuenta de que Ander era un dulce e inocente muchacho de caserío, es decir, oriundo de un pequeño núcleo de no más de cincuenta mil habitantes.

Entre risas y chanzas, el grupo de motoristas chulapas abandonó el lugar.

Momento que Ander aprovechó para abrir los ojos.

—¡Menos mal que sigo de una pieza! De esos macarras, cualquier cosa...

El universo es un lugar terriblemente geométrico. Aún así, uno nunca sabe qué se va a encontrar en el espacio. Por ejemplo, a la entrada de una de las autopistas de la información, quién había de estar sino «Txantxillo» tocando el xilófono. Por supuesto, tocaba el «Gernikako Arbola». Ander le echó una pesetilla al bote.

Pero aún no habían concluido los sobresaltos. Al final de aquella autopista de la información,

se podía leer el siguiente cartel: «Por razones de seguridad el Hotel Neptuno permanecerá cerrado hasta nuevo aviso». Tal y como habría de averiguar un poco más tarde, las fieras encerradas en el zoológico del hotel habían huido no sin antes haber causado gran carnicería entre los turistas espaciales.

—No se puede uno fiar de la publicidad, chaval —le dijo Joxe Mari, uno de los descendientes del famoso borrachín donostiarra (de la época en que a todos los borrachines les llamaban «Joxe Mari»).

—La vida es cuento —comenzó a filosofar nuestro Ander—. Y nosotros personajes, sombras, sueños sacados de un libro de cuentos.

«Plast».

Otro mondongo justo en medio del cristal. Además, aún no se había dado cuenta de aquella segunda «mielda» que llevaba adherida en la parte trasera del casco a modo de cresta.

Afortunadamente, el limpiaparabrisas en esta ocasión funcionó bien desde el primer momento.

Ander estaba solo en el espacio. Y a decir verdad, le gustaba. Creía que vivir entre la gente

era demasiado fácil. Necesario, pero demasiado fácil.

Dio marcha atrás por la autopista de la información, hasta aproximarse a la atmósfera terrestre. Allí, se topó con un euskaltegi de AEK. Pensó por un momento en acercarse a saludar a unos amigos, pero como era época de prematriculación estaría lleno de extraterrestres.

—Los extraterrestres son simpáticos — pensó Ander con alegría—. Me gustan mucho esas antenas fosforescentes que suelen tener en la cabeza. Son como chipirones, aunque, desde luego, no son auténticos chipirones. ¡Qué provocadores son con esas antenas fosforescentes tan brillantes que tienen!

Ander estaba solo en el espacio. Era la primera vez. Es decir, sin sus padres. Siempre pensó que conocer el espacio con los padres, era conocerlo con los ojos de los padres. ¡Pero al fin estaba solo! Claro que... empezaba a extrañar la ausencia de sus progenitores.

Una turista del espacio acertó a pasar por delante de Ander. Se notaba que estaba embarazada, ya que el traje espacial era abombado a la altura del abdomen. Era como un biombo de metal brillante. Y además, todo el traje estaba teñido en color rosa.

—¡Qué frío! —masculló Ander—. Creo que el sistema de calefacción del traje ha dejado de funcionar. Claro que... ¿hay alguna cosa que funcione bien en este maldito traje espacial?

Era como si el traje le viniese grande por todos lados. O más que el traje, el universo. O más que el universo, él mismo. A saber.

«La suerte de llamarse Pepe», leyó en un cartel.

Se trataba del título de una película, por supuesto. “Hispanic”, of course.

—He ahí lo único que por ahora han conseguido lanzar al espacio —murmuró Ander.

La verdad es que no era del todo tonto, no. En fin, amaba el mundo anglosajón (como todos).

Una culebra del espacio pasó a pocos metros de Ander. Las culebras del espacio solían ser bastante peligrosas: se enrollaban alrededor de las válvulas de escape del traje (atraídas por el calor) y con frecuencia inutilizaban el sistema de aireación.

—¡Quítate de en medio, tonto del culo! —escuchó Ander con gran sobresalto.

Eran pescadores. Y para colmo, de la Zona Espacial Norte. Utilizaban redes de deriva de mu-

chas leguas de largo, para atrapar así de una sola pasada el mayor número posible de especies espaciales. Quien quedaba atrapado en una de sus redes, podía ir despidiéndose de *la vie*. Con un poco de suerte, puede que apareciese dentro de una lata de pescado en conserva, en *Pryca* o así, a 3.000 pesetas el kilo. En realidad, había un gran debate e incluso lucha por prohibir las redes de enmalle a la deriva o volantas. Y venía de muy atrás. Pero los responsables del Departamento de Industria, Pesca y Agricultura todavía no habían conseguido que la Unión Espacial de Pesca cumpliera con la normativa aprobada por la propia Unión Espacial de Pesca.

Allá abajo, en la Tierra, un montón de nubes de polvo con forma de hongo hacían explosión todas una tras de otra.

—Ah, no hay nada como la fuerza de la razón...

Un poco más adelante, un vendedor del espacio le preguntó si estaba interesado en adquirir una caja de «pilulas». Le respondió afirmativamente, aunque llevado más por la costumbre que por la necesidad. De repente, un grupo de manifestantes irrumpió ante él, gritando:

—¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

Temeroso del reparto de «ostis», Ander abandonó el lugar rápidamente. No era un héroe;

tan solo uno de esos que se obstinaban en vivir (con todas sus virtudes y defectos). Si bien, en aquél momento, era sobre todo un crío embriago por el espacio, jugando a los hombres adultos.

En medio del camino, se topó con un califa que le invitó a conocer su reino.

—¡Chorradas! —le gritó Ander en plena cara—. ¡Tú un buen pedazo de pederasta es lo que eres!

Deseaba concluir. Aquél viaje le empezaba a resultar largo en exceso. El universo era inmenso. No disponía de tiempo. Deseaba concluir para así volver a comenzar lo más rápidamente posible. Pero, regresar *¿a dónde?* ¿A la Tierra? Estaba asqueado de tomar píldoras. Y por otro lado, conocer el espacio en un traje espacial de segunda mano, resultaba tan *barato*... Se fijó en una chica joven que hacía autostop y que tenía media docena de ojos y ocho pares de piernas, y trató de ligársela. Pero la chica de Marte sólo le respondió:

—¡Joder, vaya una cresta que tienes ahí detrás, en el casco!

Y entonces se dio cuenta de que no estaba solo en el espacio.

EN BUSCA DE CANGREJOS

25-12-97

(Seis de la mañana)

Estimado -----:

Lo siento de veras. Sé que he actuado con negligencia, y que debía haberos respondido antes. El trabajo, ya sabes (una excusa, desde luego).

¿Algo para jóvenes y adultos? Eso está hecho.

Pero, ¿cuántos folios? ¿No podrías concretar un poco más?

¿Qué te parecería publicar hacia el año 2000 un libro escrito íntegramente... a mano? No es broma. Yo mismo te haré la maquetación. Perdona. Estoy fuera de órbita. Pero aún soy capaz de escribir algo bueno. Mira:

—¿Quién era esa mujer? —se preguntó lleno de curiosidad—. Tengo que ganármela... ¡Ella! ¡jella!

Joan se hallaba en un desolado huerto, contemplando el lejano Bilbo. «Lechugas» pensó. «He aquí mi cerebro. He aquí el cerebro de mis coetáneos, en general».

Se olvidó de la mujer. Comprendió que su culo era una mariposa. Luego, nada. Nada.

«La belleza nosta en ningúno sitio esquepto en uno mesmo. ¿Véss?»

Soy impresentable. ¿Qué quieres exactamente de mí? Sólo soy un escritorzuelo. No sé dón-

de para la tierra... Los jóvenes merecen de mejores maestros. De todas maneras, estoy a tú (in)disposición.

Koldo vomitó, en honor de las fiestas del barrio. Le vino a la mente el olor de la carne.

«La naturaleza» pensó «es así. Hermosa y nauseabunda. Pura carne».

Por un instante, permaneció dubitativo, en medio del muelle donostiarra. El mar estaba en calma, al igual que él.

«Mejor así».

Luego, se dirigió sin darse cuenta hacia un jardín próximo. Allí sorprendió a Marian, abrazada al enemigo.

«Kaka zaharra!¹».

No siempre se puede salir vencedor. Así que tomó camino de la bahía de Donostia, en busca de consuelo.

Halló las tranquilas aguas medio dormidas, al igual que él. Aquella noche, andaba entregado a una guardia imposible. Tambaleándose en mitad de la noche. Los pensamientos del cabello alborotados.

—Okey —murmuró—. Dicen que también nosotros los grillos sabemos nadar.

¹ Literalmente, quiere decir “caca vieja”. Y equivale a la exclamación “¡mierda!”.

Estaba dolido. Por Marian. Por él mismo.
Por nadie.

«Qué difícil es conseguir una relación carnal, cuando todo lo que uno desea es solamente una relación carnal y nada más».

Koldo era un donostiarra sin imaginación, en el mejor de los sentidos (¿?).

Ante un hoyo encharcado de la playa, pensó por un momento en suicidarse arrojándose a él. Claro que primero tendría que expulsar al cangrejo que habitaba el hoyo, porque allí no había sitio para tantos.

Se sintió poderoso.

Luego, se le ocurrió pensar que él era un negro nacido en mitad del África.

—Ja, ja —rió.

El cielo sin estrellas era terrible. Y Koldo sabía hacer muchas cosas. Ello avivaba su deseo.

Chipli-chapla.

—¡Merde! —. Había metido el zapato en un charco. Bajo los arcos de Los Relojes, divisó una pareja entregada a su lujuria particular.

«¡La tierra del deseo! ¡Filtzerald!», cuando todavía era capaz de ver una película.

Luego, se acordó de un barco, como si se hubiese acordado de sus padres muertos.

«No es culpa mía, haber nacido poeta».

La arena estaba fría y acumulada.

También los pensamientos de Koldo estaban fríos y acumulados.

De noche, el susurro de las olas llegaba hasta él —¡qué poético!

—¡Merde! —, exclamó otra vez.

Otro charco; el otro zapato.

Sin embargo, en esta ocasión se alegró. Odiaba aquellos malditos zapatos de plástico.

«Más baratos que un reloj de seiscientas pesetas».

Pensó que se hallaba preso en sus zapatos y se los quitó. Era un joven que andaba descalzo por la playa. Se sintió sensual. El sabor del salitre se le enrolló en la punta de la lengua.

Tuvo un temblor. Por el frío (estaba descalzo).

Una pequeña ola le envió un mensaje, pero no le dio importancia.

«Es una verdadera suerte que no haya árboles en la playa; si no, los cortarían y publicarían un libro en ellos ahora mismo».

Rió.

«No es suficiente ser filósofo para entender el idioma. Tienes que ser un cangrejo misántropo, en la noche, en una playa desierta».

Las palabras bailaban en su cabeza. No era mejor que los demás. Esa noche, le parecía que era capaz de entender muchas cosas.

«Estoy borracho».

Como siempre.

«¡Hermosa lección!»

¿Para quién?

Quería comenzar y acabar la historia de esa noche.

Le llegó una ola y decidió que en realidad era una página.

«No le falta más que la numeración».

Pero juzgó que era pecar de orgullo (de pedertería) imponer al mar una numeración.

«Ya no soy tan joven».

En la arena, se quedó mirando las huellas dejadas por sus pies y le pareció un espectáculo penoso.

—¡Héroes! ¡Eso es lo que nos hace falta! ¡Héroes! —comenzó a gritar.

Un vigilante (primate) de la playa le observaba con desconfianza.

Se agachó para contar los granos de arena de la playa, pero pronto abandonó la colosal empresa. De repente, sintió una gran ira. ¡No podía ser cierto! ¡Las aguas de la playa estaban envenenadas!

—¡Esto es un asesinato! ¡Asesinos!

Poco a poco, volvió a recobrar la serenidad. Su sombra, en la playa, era terriblemente alargada.

El primate de la playa eructó, con desprecio.

Koldo giró la cabeza, pero en otra dirección.
Vio brillar los muslos de Marian. Mentira.

Estaba fascinado.

Los barcos mar adentro eran fósforos encendidos.

«Merluza, anchoa, verdel, atún, chipirones...
¡Cómo me gustan las Ciencias Naturales!» pensó.

Se acordó del instituto. De Barcelona.

«Kaka zaharra!»

La playa estaba llena de trampas.

—¡Malditos hoyos!

Arrojó los zapatos al agua.

—¡Bah! ¡Eran de plástico! —masculló.

Los pescadores causaban gran carnicería
entre las inocentes especies del mar.

«¡Wagner!»

Le vino a la mente su tía de Valladolid.

Se sintió sucio por dentro; como si su familia hubiera esperado algo mejor de él.

«Demasiado tarde».

Luego, se acordó de la mujer del vecino. Estaba embarazada.

«¡Otro chipirón más!»

Si fuera posible pasar toda la vida así, diciendo chorradas...

Vio el rastro dejado por un cangrejo y lo siguió.

Se quitó los pantalones.

Una turista alemana asomada desde la barandilla miraba hacia la playa y le sacó una foto.

Por un momento, decidió que quería ser pastor de cangrejos.

«¡Nuevas profesiones!»

También se le ocurrió que debía enviar a Marian una carta. Pero en vista de que allí no había buzón, pensó —obstinado— que lo mejor era continuar tras las huellas del cangrejo.

La verdad es que estaba hasta los...

Se sintió heroico. En aquella playa ya sólo faltaban las trompetas. Trompetas y tambores y cangrejos interpretando gallardas melodías.

Poseía el secreto de la juventud.

No quería pensar más. De lejos, le llegó el barullo de un grupo de parranderos.

Se quitó el jersey y la camisa. Luego, recordó que tenía la camiseta agujereada y también se la quitó. Le quedaban los calzoncillos.

Continuó en busca de un heroico rebaño de cangrejos, hasta llegar al Piko-Loro². Allí, se metió en otro hoyo y casi-casi tuvo que salir nadando.

El amanecer comenzaba a rasgar el día.

«Los calzoncillos me pesan demasiado», pensó.

Y los rasgó, como la propia noche.

² Zona rocosa de la playa de la Concha, en Donostia-San Sebastián.

SUEÑOS

*En mi pueblo sin pretensión
Tengo mala reputación
Haga lo que haga es igual
Todo lo consideran mal
Esto sí que sí que será una
lata
Siempre tengo yo que meter
la pata...*

*(Fragmento de poesía musi-
cado por Paco Ibáñez)*

Residencia de Perros.-

Toda la familia nos hallábamos dentro de un ascensor: los padres, la abuela, el hermano, yo y el perro. Más que un ascensor, parecía un montacargas. Y andaba bajo el subsuelo, pues la residencia de perros se encontraba allá, bajo tierra. Se trataba de un albergue para perros, una especie de residencia de la tercera edad —únicamente que los residentes eran canes—. Y como nuestro can estaba ya bastante viejecito, decidimos llevarlo a aquel lugar.

Al pobre animal se le veía realmente angustiado, ya que sabía que íbamos a dejarlo allí. Cuando penetramos en la residencia, nos topamos con la perra hembra que vivía en el primer piso de nuestro mismo portal. Según parece, también ella había envejecido y sus dueños la habían llevado allá. Según supimos más tarde, hacía ya unos años que vivía en la residencia.

Era un lugar increíblemente grande, lleno de mesas. Y todos los perros estaban allí. Los días para ir a visitar a los perros eran los sábados y los domingos. A mí me daba una pena terrible dejar a mi perro en ese lugar.

Había también una cafetería. Y sentada en la barra, una chica joven. Según nos contó, venía todos los fines de semana a visitar a su perro.

Mi perro me miraba con una expresión de gran tristeza. Tal y como he dicho, porque sabía que íbamos a dejarlo allá. Pero había otra cosa que me abrumaba aún más. Como la residencia para perros se hallaba bajo tierra, los pobres animales estaban condenados a no volver a ver nunca más la luz del sol.

Antes de marcharnos, le pregunté a alguien qué sucedía cuando dos perras hembras se enfrentaban (mi can era una hembra). Pero me respondió que no me preocupara, ya que los perros siempre estaban atados...

Accidente de Moto.-

Un chico iba en una moto y el caso es que le sobrevino un accidente. Consecuencia precisamente de ello, sus dos piernas comenzaron a arder. Al verlo, fui a todo correr a la carnicería más cercana, para llamar a los bomberos. El carnicero era una mujer y cuando vio que descolgaba su teléfono, me echó una regañina de aúpa.

—¡Te parecerá bien utilizar el teléfono de mi establecimiento, sin pedir siquiera permiso!

Le respondí que era para llamar a una ambulancia. Pero no quiso escuchar nada.

—¡Tienes que pagar la llamada! ¡Tienes que pagar la llamada!

Entonces, llené de insultos a la avara mujer, arrojé al suelo una moneda de cinco duros y fui corriendo a consolar al pobre chico.

El joven era muy buena persona. Me decía:

—A ver si vienen rápido.

Y mientras tanto, sus dos piernas ardían.

A lo lejos, vi que la ambulancia ya llegaba...

Recién Nacidos.-

Hace poco tiempo, tuve dos recién nacidos, con un margen de dos meses entre uno y otro. Los tuve mientras iba en el autobús. Ambos nacieron sanos y no tenían defecto de ninguna clase. Así que, estaba muy contenta. Mi única preocupación era que los niños no se me cayeran al suelo. Como eran tan pequeños...

Cuando los miré más detenidamente, vi que se hallaban envueltos en papel de periódico. Además, tenían así como un aspecto extraño, no sé, aspecto de... cacahuete... Sí, como en aquél film de ciencia-ficción... ¿Cómo se titulaba...? Bueno, no importa. El caso es que mis dos niños estaban en-

vueltos en hojas de periódico. Estaba muy preocupada, ya que no sabía si sería capaz de recordar que mis dos bebés estaban envueltos en papel de periódico.

Por la noche, cuando regresé a casa, dejé los dos paquetitos en el suelo y los tapé con una manta. Aún así, no se me pasó la angustia, ya que tenía que recordar que los dos niños estaban allí. De hecho, yo sólo veía dos paquetitos con aspecto de cacahuete, envueltos en hojas de periódico...

El Chino del Restaurante.-

Estaba en la calle Urbieta con Nekane, aguardando al autobús. Como tenía que ir a una tienda para hacer un recado, me olvidé del autobús y eché a andar calle arriba, hasta llegar a la calle Prim. De repente, aparecí en una taberna. Era una taberna enorme, llena de mesas y de gente. Todos estaban drogándose y había un montón de orientales. El dueño de un restaurante chino también se encontraba allí. Para drogarse, utilizaba un aparato de electrodos. Al parecer, era una especie de cacharro que servía para fumar opio, pues incluso tenía su tubito y todo. Y, a ambos lados, los electrodos. Unos los fumaban, y otros, los tocaban. Se drogaban así. Entonces, el chino del restaurante me dijo que probara la droga. Pero yo no quería probar droga alguna. Sólo quería marcharme, sólo eso. El

otro, sin embargo, erre que erre con su droga. Y me decía:

—Mira, te voy a poner menos potencia.

Entonces, me tocó con los electrodos. Y cuando empecé a balancearme, me dijo:

—¡Ah, cómo te balanceas!

Entonces, salí corriendo. Y el otro tras de mí. Aparecimos en la avenida de Sancho el Sabio. Como el chino no me dejaba en paz, le arrojé una terrina de mantequilla, que le acertó en la cabeza y le hizo perder el conocimiento. Otra vez intenté huir. Cuando me hallaba ya bastante lejos, el chino me gritó:

—¡Quiero uno de color morado!

Le llamaba “uno de color morado” a un tipo de droga. Pero de súbito, aparecieron tres mujeres. Parecían salidas de una película pornográfica, ya que tenían «ese» aspecto. Y le dijeron al chino:

—No, aquí no tenemos ninguno de color morado. Pero te daremos uno de color de rosa.

Escapé del lugar y llegué a la plaza de Pío XII. Por desgracia, allá estaban todos los drogatas de la taberna, aguardándome. Querían que también yo me drogara. Había un montón de gente. Así que,

como no había otro modo de escapar, decidí salir «volando». Cogí velocidad y comencé a elevarme. Pero como no había alcanzado mucha velocidad, no pude tomar altura. Y me agarraban de los pies. Bajé otra vez, tomé más velocidad y esta vez, sí, conseguí alzar el vuelo. Iba por encima de los árboles, en dirección al río Urumea. Y pronto estuve sobre la calle Balleneros. En esta calle había un árbol cuya copa y ramas tenían forma de sillón. Y me dije:

—Bueno, descansaré un poco aquí...

El Juego del Monopoli.-

Con el fin de pasar el rato, habíamos comprado un juego parecido al «Monopoli». Pero antes de comenzar, había que montar el juego (ya que era como un puzzle). El Monopoli traía un marciano pequeñito. Apenas medía unos pocos centímetros. «Tendré que conformarme con este niñito», me dije. Era de plástico y colores variados. Con aspecto de marciano. Y llevaba un casco en la cabeza. Y pensaba yo para mí «Bueno, si no me quedo embarazada, tendré que conformarme con *esto*». El juego estaba dentro de una caja. Y en la parte superior de la misma, una etiqueta advertía: *Juego clasificado «S»*. Es decir, que era un juego erótico. Y en caso de calentarse demasiado, aconsejaba interrumpir el juego y continuar un poco más tarde.

Luego, mi marido y yo aparecimos en la cocina. Él se dedicaba a preparar la cena. Creo que freía alguna cosa, pero puede que sólo fuese una sopa. La cocina era larguísima. Y en la fregadera había una bolsa de basura enorme, y también un montón de frascos. Todo en un desorden total...

La Depiladora.-

Fui a depilarme. Y al terminar, le pregunté a la depiladora:

—Oye, ¿cuánto te debo?

Y me respondió:

—Pues no lo sé. Pero no importa.

Y me dijo que le pagara una cierta cantidad de dinero. Pero en aquel momento estaba sin dinero. Y le dije que le pagaría el próximo mes.

—Está bien —me respondió la depiladora—. Pero tenemos que calcular los intereses. La CECA en los bancos está a 9'75. Así, que a un mes... Pues, tendrás que pagarme cinco mil pesetas.

Y en eso quedamos. Pero cuando regresé a casa, comencé a pensar en el asunto. *«En los bancos cobran a veinte años. Y el préstamo de la depi-*

ladora es a una semana. ¿Cómo es posible que de mil pesetas suba a cinco mil?»...

Yo era un Hombre Grueso.-

Al principio, yo era un hombre grueso (cosa realmente asombrosa, porque, en realidad, soy una chiquilla delgada). Y aunque desconozco el motivo, el caso es que estaba subida a la punta de una torre. Y comencé a bajar las escaleras. Sentía un vértigo terrible... Pero tenía que bajar. Y a medida que iba descendiendo, otra vez volvía a ser yo (es decir, de nuevo me convertía en chiquilla).

Según bajaba por las escaleras, advertí que me estaban apuntando desde el edificio de enfrente, porque estábamos en guerra. Por fin, llegué abajo y me reuní con los palestinos para darles noticia de todo ello. Y estábamos en guerra. Por tanto, sacamos las armas. Y yo tenía una escopeta enorme con la que apuntaba de primera, porque era una escopeta enorme. Y nos dirigimos a la calle. Pero poco antes de alcanzar la calle, estalló una tormenta. Y a consecuencia de la misma, los edificios comenzaron a doblarse, como si estuviéramos en un barco. Y escuchábamos el bufido del viento «¡Puff!» «¡Puff!». Y las casas se doblaban. Con gran sobresalto, tuvimos que salir afuera. Y como el único lugar que nos proporcionaba seguridad era la playa, allá nos dirigimos todos, como en manifestación...

Un montón de pinchos³.-

Estaba en un bar con mi madre. De repente, el bar se convirtió en barco. Y para llegar a la bodega del barco, había que bajar por unas escaleras. Allí, había un montón de pinchos, en una barra muy larga...

Las Hormigas Rojas, el Cuervo y las Peceras.-

Tenía novio y me estaba dando una ducha en su casa. La casa era vieja y enorme.

Luego, fuimos al salón.

En el salón, había un montón de ventanas. En el cristal del techo aparecía siempre un cuervo. Pero sólo durante un segundo, como si quisiera penetrar dentro de la casa. Comencé a tener miedo, porque al ver el cuervo, pensaba que iba a suceder algo. Y el cuervo otra vez apareció. Entonces, cogí la escopeta y me quedé al acecho. De repente, cada una de las pequeñas ventanas se convirtieron en pequeñas peceras. De manera que no podía disparar; ya que si lo hacía, se rompería el cristal de las peceras y se escaparía el agua. Pero el cuervo continuaba apareciendo y desapareciendo sin cesar. Al final, no estoy segura de si le disparé o no. De to-

³ Pinchos o aperitivos.

das maneras, mi chico y yo nos fuimos a la calle. Y por la noche, cuando regresamos a casa, vimos que la fachada estaba llena de hormigas rojas. Eran termitas y se estaban comiendo la casa entera. Entonces, nos metimos a todo correr en la casa e intentemos sacar el máximo de ropa posible, para irnos a vivir a otro sitio. Y mientras recogíamos la ropa, le dije a mi compañero:

—No me tienes que chupar la sangre.

Creo que era medio vampiro...

Han reducido a mi Amiga.-

Estaba en Corella (creo que era Corella), con un coche de niños. Junto a mí, había dos chicas. Súbitamente, apareció un Mercedes. Sin perder un segundo me puse los patines y me lancé a perseguir al Mercedes. Pero le perseguía de lejos, para que no se dieran cuenta. Dentro del Mercedes había una amiga mía que habían raptado. Cuando llegamos a Cintruénigo, el Mercedes entró en una plaza y desapareció. Pero gracias a los patines, lo alcancé enseguida. Entonces, alguien bajó del Mercedes. No, se bajaron dos personas. Y como yo sabía muy bien boxear, les di una buena paliza y cayeron redondos al suelo. Busqué a mi amiga, pero no la encontré ni dentro del coche ni en ningún otro lugar. Comprendí que se la habían llevado con ellos. Y para que nadie pudiera encontrarla, supe que la

habían reducido de tamaño. Así pues, mi amiga se hallaba reducida (ahora no era más grande que un dedo). Entonces, me dijeron que estaba en el tren de las no-sé-qué-horas, y que la querían llevar a Zaragoza. Y hacia allí me puse en marcha acompañada de otra amiga. Pero cuando regresamos, en vez de encontrar las calles de Corella, me topé con las calles de Londres. Calles largas y gigantescas. Y nunca llegaba a ningún sitio. Así que mi amiga y yo nos quedamos aguardando al tren de las no-sé-qué-horas que tenía que pasar por vaya-usted-a-saber-dónde, porque yo sabía que mi otra amiga iba en ese tren. Pero cuando pasó el tren, éste también se hallaba reducido de tamaño. Era como un tren de juguete. Para detenerlo, lo aplasté con el pie; y a consecuencia de ello, todos los vagones chocaron y se rompieron. Y hubo muchos muertos (porque todas las personas que iban en él eran muy-muy pequeñas). Entonces, comencé a abrir los vagones uno por uno, para ver si mi amiga se encontraba en alguno de ellos. De repente, apareció un pequeño «botia» (un pez tropical) que escapó rápidamente. Y a continuación otro más. Hasta que por fin encontré unos restos que bien podían ser los de mi amiga. Aunque no estaba segura de si eran o no de ella. De todas maneras, por si acaso, coloqué uno de los vagones encima de la mesa. Y así, pude ver que mi amiga sí que se encontraba en uno de esos vagones, porque hallé una medalla que le pertenecía. La medalla era de tamaño normal. Y dije:

—¡Ah, aquí estaba! O está...

Pero como era tan pequeña, no la pude encontrar por ningún sitio. Así que, tuve que darme por vencida...

El Ascensor.-

Entré en el ascensor y pulsé el botón para subir al décimo piso. Pero el ascensor me subió hasta el piso cien. Y además, a toda velocidad. Sentí gran vértigo. A veces, el ascensor subía más allá del piso cien. Un día —recuerdo— salí del ascensor y aparecí en una noria. En el coche de la noria encontré algunas amigas del colegio, y comenzamos todas a tomar la lección. De repente, la noria desapareció y aparecimos todas en un barco. Por desgracia, el barco se estaba yendo a pique. Cuando estaba ya casi cubierto de agua, salté. Pero no caí al mar, sino al aire...

La Boda.-

Estaba en el colegio, porque iba a casarme. Creo que el banquete de bodas también íbamos a celebrarlo allí. De todas maneras, aún no sabía quién demontre era el novio. Pero eso no tenía demasiada importancia, porque estábamos improvisando todas las cosas. Por ejemplo...

PALABRAS LLENAS DE MISTERIO

«*Atrocidades cometidas por la tropa*».

Aguafuerte de L. Geisteck (año 1798). Trató de leer el texto explicativo que el mismo pintor había escrito en un ángulo del cuadro, justamente en la parte inferior del mismo. Pero en aquel momento, sintió que había alguien detrás de él y volvió la cabeza.

No se había equivocado. Tras el juego de luz y sombras que envolvía el museo, se hallaba una chica joven que lo observaba. La quietud de la joven era absoluta, hasta el punto de dejar perplejo a cualquiera. Cuando la hubo mirado con más atención, creyó apercibirse en ella de un aire trágico. Era una sensación extrema, algo que se nos escapa a los humanos, como el temblor final de una ilusión muerta. Sin salir de su asombro, Mauricio —el humilde protagonista de esta historia—, tuvo un estremecimiento.

—¿Quién eres? —le preguntó dudoso.

La pregunta huyó de una sala a otra del Museo San Telmo, hasta que su eco se extinguió enteramente (como roto en mil pedazos de silencio).

Luego, una lágrima se deslizó por las mejillas redondeadas de la joven. Mauricio hizo ademán de acercarse, pero no tuvo más remedio que renunciar a sus intenciones, obligado por la aparición de un diablo que se lo impidió (no el Diablo de todos los diablos, sino uno de sus muchos subalternos).

Con terror indescriptible, Mauricio permaneció con la mirada puesta en el temible personaje, completamente inmóvil, sin atreverse a mover ni uno solo de sus miembros, casi sin atreverse ni a respirar. Cuando el diablo terminó de danzar y saltar, desapareció en medio de una llama surgida del cuadro. Para entonces, no había ya rastro de la joven.

Por la noche, en la buhardilla que tenían por vivienda en el paseo de los Fueros de Donostia, observando transcurrir las aguas tranquilas del río Urumea, no podía quitarse de la cabeza el recuerdo que con fuerza avivaba el fuego de su imaginación. Se sentía sumergido en un extraño viaje, y le parecía que, si no hallaba pronto una explicación al extraordinario suceso vivido unas horas antes, acabaría enloqueciendo.

«Sólo queda un camino», pensó para sí mismo. «Cueste lo que cueste, tengo que encontrar la llave del misterio».

No tenía ganas de ir a dormir. Pero se retiró de la ventana y se tumbó en la cama, sin desvestirse. En sueños, el diablo del Museo San Telmo se le aparecía. Y le hablaba así:

—Ándate con cuidado, chaval. Si no quieres acabar en mi reino...

Luego, este diablo de piel increíblemente roja siguió danzando con llamativa elegancia, hasta

que del cuadro «*Atrocidades cometidas por la tropa*» surgió una llama que se lo llevó consigo.

En aquél instante, Mauricio despertó de golpe y cubierto de sudor. La ventana de la buhardilla seguía abierta, y el viento fresco del otoño penetraba en la pieza, portando una sutil amenaza.

Antes de que hiciera su aparición la terrible visión, Mauricio había vivido largos años en el límite de *algo*. «Ahora es cuando tengo la oportunidad de ir más allá de ese algo», pensó. «La oportunidad de escapar de esta tediosa realidad. ¡Qué demontre!», decidió. «Todo llega, y también a mí me ha llegado el momento de saltar a algún sitio. Hacía tiempo que aguardaba esa oportunidad. Y el momento ha llegado, sin duda».

Sin prisas, caminó en dirección al Museo. Al pasar delante de una tienda de perfumes, se le ocurrió comprar un frasquito de pachulí. Una vez en la tienda, ante la mirada divertida de la joven dependienta, abrió el pequeño frasco y se echó unas pocas gotas por la ropa. «Es un momento muy especial», pensó. «Además, del diablo emana un olor espantoso. Este perfume me ayudará a soportar el hedor de ese maldito puerco».

El cielo presentaba un aspecto bravo, y parecía probable que trajera lluvia; por otro lado, el rugido del mar llegaba, enfurecido, desde el Paseo Nuevo. Sin reparar en la cartelera del cine reforma-

do hacía poco, se detuvo en mitad de la Plaza de Zuloaga con la mirada puesta en la puerta del Museo, dudando si debía entrar o no, con el recuerdo terrorífico que por dentro continuaba todavía abrumándole.

«Venga», se dijo. «No tengo sangre en las venas o qué?...», se recriminó con intención de animarse.

Y fueron precisamente esas palabras de ánimo las que impidieron que en el último momento saliera huyendo lleno de temor. Así que atravesó, audaz, la puerta de entrada del Museo San Telmo.

Impulsado por una fuerza irresistible, se dirigió sin preámbulos a la galería en la que el cuadro en cuestión se hallaba expuesto. En todo ese tiempo no había tenido otro pensamiento que no fuera volver a encontrarse ante la imagen del cuadro. Se acercó más y observó con atención a los soldados representados en la pintura: mataban a los hombres y violaban a las mujeres; daban fuego a la ciudad. «Un saqueo en toda regla», pensó. Ni los niños se libraban de todo aquel horror. Entonces, otra vez volvió a suceder. Se apercibió de una presencia justo detrás suyo. Y al darse la vuelta, de nuevo halló a la misma joven maravillosa del día anterior. Sólo que en esta ocasión su vestido estaba rasgado por todas partes; un vestido que presentaba el mismo color que el de la piel del pequeño diablo, de un rojo carmesí. En los brazos desnudos, en los

muslos blancos y suaves, en las sonrojadas mejillas de su rostro... se podían apreciar moratones y diversas muestras de violencia. Y de repente, vio cómo en los ojos de la joven una lágrima que parecía de plata se deslizaba, brillante, poco a poco — como si no tuviera prisa alguna en caer—. Y se dio cuenta de que se hallaba en otro tiempo. Aquello no era la realidad; no, al menos, la realidad de costumbre. Sino *otra* realidad. Comprendió que en un mismo espacio hay muchas realidades. «Tantas como estrellas en el cielo», pensó.

Pero cuando trató de acercarse a ella, se le apareció el mismo diablo del día anterior, y bailando y dando saltos delante de él, no le dejó acercarse a la chica. Todo lo demás ocurrió exactamente igual que el día anterior, es decir, una vez que el diablo hubo concluido su danza de brujas, le dijo:

—Ándate con cuidado, chaval. Si no quieres acabar en mi reino...

Luego, del cuadro surgió una gran llamareda y en esa llama desapareció el fiel servidor de Belcebú. Para entonces, también la joven había desaparecido.

En aquél instante, apareció el guardián del Museo, avisándole que era hora de cerrar. Cosa que le sorprendió en gran manera, ya que él hubiera jurado que no habían transcurrido ni siquiera cinco minutos desde que entrara en el Museo. Pero miró

al reloj y vio que... ¡eran ya las ocho de la tarde pasadas! Por tanto, hacía horas y horas que se encontraba allí. Vivir cinco minutos en aquella realidad, suponía en el mundo real un espacio de tiempo... ¡de varias horas!

Antes de marcharse, quiso leer la inscripción que el mismo pintor había escrito en un ángulo inferior del cuadro, pero el guardián le apremió a marcharse y así, en contra de su voluntad y refunfuñando, tuvo que abandonar el Museo sin leer el mensaje de la inscripción.

Aquella noche, tras dar vueltas y vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, decidió que era preciso hacer algo. «Cada vez que he intentado leer la inscripción situada en el ángulo inferior del cuadro, casi de modo inmediato han hecho su aparición la joven y el diablo. Creo», razonaba Mauricio, «que la llave de todo este misterio se encuentra en esas tres líneas que el pintor dejó escritas en la inscripción». No fue capaz de aguardar hasta el día siguiente. Se levantó de la cama y se vistió.

Cuando salió del portal, eran poco más de las doce. Era una noche desagradable. El viento soplaba con fuerza —un viento frío— y las nubes, de tanto en tanto, dejaban caer chaparrones aislados. Las calles estaban casi vacías de gente, con la excepción de algún que otro estudiante tunante.

Subió por la calle Prim hasta llegar a la playa.

El viento allende del mar le golpeó con fuerza, como si quisiera impedirle seguir adelante en su camino. Los tamarindos balanceaban sus pañosos brazos, en un intento tal vez de asirle por el cuello.

Eligió el trayecto más largo para llegar hasta el Museo San Telmo, es decir, en vez de atravesar la Parte Vieja, o seguir por el Bulevar hasta la plaza de Zuloaga, tomó camino del Paseo Nuevo, subiendo poco después por las escaleras del Aquarium. Tal vez, para darse así mismo la posibilidad de cambiar de planes. Pues, como bien habéis adivinado, tenía decidido introducirse en el Museo de noche, a la chita callando.

Era entrada la noche cuando llegó a la altura de la Ermita del rompeolas. A pesar de sentirse como un caco nocturno, no le importó y continuó adelante, a fin de llevar adelante sus intenciones tal y como lo había decidido. A medida que iba caminando, veía con más claridad cuál debía ser su actitud.

«¿Cómo voy a entrar en el Museo a estas horas?», se preguntó. Lo más probable es que el Museo San Telmo tuviera fuertes medidas de seguridad, y de ser así no le resultaría fácil introducirse en él... Pero estaba decidido costara lo que costara a

seguir adelante; y para darse ánimos, pensó que ya daría con algún modo de hacerlo.

Al llegar a la Plaza de Zuloaga el viento se hizo más violento. La plaza parecía terriblemente solitaria y silenciosa. Desde la parte del monte Urgull, el lugar aparecía en verdad lúgubre y amenazador. Por un momento, sus cabellos se erizaron. No sabía por qué, pero intuía algo aterrador en el ambiente.

Pareja al Museo corría una callejuela oscura como la misma noche. «Tal vez pueda encontrar ahí un modo de entrar. Una trampilla, una ventana...», pensó Mauricio.

Sin embargo, se dirigió directamente hacia la puerta principal del Museo. O, mejor dicho, se llegó hasta ella impulsado por una fuerza desconocida. Una vez allí, empujó suavemente la puerta de madera y... ¡halló libre el camino!

Tuvo la impresión de que se disponía a penetrar en un abismo del Infierno. Sin embargo, era ya demasiado tarde para pensar en retroceder.

Cuando cruzó el umbral, la puerta se cerró sola, sin apenas ruido.

En aquella penumbra unas débiles luces se hallaban encendidas —los pilotos rojos de la alarma contra incendios—. Sin pérdida de tiempo en-

caminó sus pasos hacia la deseada pintura (casi sabía de memoria el camino a la sala). Sentía una gran transformación dentro de sí mismo. Al pasar junto a la hilera de sepulturas algunas de las cuales contaban con cientos de años de antigüedad, un estremecimiento recorrió su cuerpo. Por fin, alcanzó la entrada a la sala y encontró el lugar alumbrado por una débil luz blanquecina. La luz provenía de una lamparita colocada justo encima de la obra de arte, y en todo el recinto no había más luces. «¡Es una pintura asombrosa!» exclamó para sus adentros acercándose a ella.

Entonces, se inclinó un poco, lo justo para poder leer las palabras de la inscripción del cuadro. Eran palabras llenas de misterio, que decían así:

Mírame y me verás;
léeme y me poseerás.

Justo entonces, sintió que alguien le daba un fuerte empujón en la espalda. Aterrorizado, justo tuvo tiempo de mirar hacia atrás: ¡allí estaba el diablo con su rostro y piel carmesí, lanzando una cruel carcajada! Sin embargo, no había ni rastro de la joven. Luego, fue como si se precipitara hacia el vacío. Iba cayendo y cayendo, sin poder hacer nada. Como si la noche se hubiera abierto a sus pies. Así hasta que, de imprevisto, notó un fuerte golpe en la cabeza y perdió el conocimiento.

Cuando de nuevo abrió los ojos, se encontró inmerso en una gran masa de gente. Eran hombres, soldados, e iban vestidos a la antigua usanza. En todas partes podían escucharse los clamores y estrépito guerreros, junto a los gritos de dolor y terror de las víctimas. Los despiadados soldados mataban sin piedad a los indefensos ciudadanos, a los que además les causaban gran tormento. Nadie escapaba a la matanza: hombres, viejos, mujeres —algunas de ellas embarazadas—, niños... Un olor terrible a carne muerta impregnaba el aire, así como el tufo de la carne quemada. A Mauricio le entraron ganas de vomitar. Sin embargo, un asombro indescriptible se apoderó de él: portaba una lanza en la mano; y también una espada sujeta a la cintura. Y sus ropas... ¡eran ropas de soldado! ¡Él también se hallaba vestido de arriba a abajo como un soldado de épocas pasadas!

«¡Dios mío!», pensó con pavor aún mayor. «¡Me he convertido en uno de esos soldados del cuadro!».

«¡Adelante, soldados! ¡Moveos! —escuchó una voz arengar a la tropa—. ¡La ciudad es nuestra! ¡Derecho a saquear! ¡Las mujeres para quien las atrape primero! ¡Adelante, soldados! ¡El rey no quiere a nadie vivo! ¡Hoy vamos a hacer aquí una buena carnicería! ¡Escribiremos una página de la Historia! ¡Adelante, soldados!

En las calles los muertos iban apilándose, y algunos de los cadáveres ofrecían la panza hinchada —los ahogados en el río y llevados hasta allí arrastras, atados a las colas de las caballerías.

«Tengo que huir de este lugar», pensó Mauricio. «¿Pero adónde? ¿Cómo escapar de un cuadro?»

A pesar de su deseo de huir, al mismo tiempo una fuerza irresistible le impulsaba hasta el corazón de la lucha. Por fin, se detuvo ante un case-rón semiderruido y penetró adentro, con la esperanza de encontrar un refugio en medio de aquella pesadilla.

El interior de la casa estaba ensangrentado por doquier, y los cadáveres aparecían en todas las habitaciones. Se disponía a salir otra vez a la calle, cuando le pareció escuchar unos llantos y sollozos ahogados. Con gran cuidado, despacio, circundó la zona trasera de la casa, hacia el lado del granero utilizado para almacenar la hierba y el pienso de los animales. Por si acaso, asió la lanza con fuerza. También se dio cuenta de que era capaz de utilizar la espada con soltura. No salía de su asombro. «Soy un verdadero soldado. Sé cómo utilizar la espada, y me siento hecho a las artes de la guerra», pensó con estupor.

Buscó entre el montón de heno y, agazapada en un rincón, halló una joven. En aquél instante, se

dio cuenta de que algo se envilecía en su interior. Sus bellos sentimientos habituales habían desaparecido, y en su lugar, sintió que los de un perro rabioso se afincaban en él —el interior endurecido, despiadado de un canalla—.

Ordenó a la joven que se pusiera en pie. Y ésta obedeció, sumisa. ¡Dios santo, era ella! ¡La misma joven del Museo! Llevaba puesto el mismo vestido enrojecido y rasgado.

En los brazos desnudos, en los muslos blancos y suaves, en las sonrojadas mejillas de su rostro... se podían apreciar moratones y diversas muestras de violencia. Y de repente, vio cómo en los ojos de la joven una lágrima que parecía de plata se deslizaba, brillante, poco a poco —como si no tuviera prisa alguna en caer—. Y se dio cuenta de que se hallaba en otro tiempo. Aquello no era la realidad; no, al menos, la realidad de costumbre. Sino otra realidad. Comprendió que en un mismo espacio hay muchas realidades. «Tantas como estrellas en el cielo», pensó.

Se acercó a la joven, arrancó a tirones su vestido y acto seguido se dispuso a violarla. «Antes de acabar con ella, la atormentaré», se dijo para sí mismo, divertido ante esa posibilidad. Él también tenía que actuar como lo hacían los demás soldados, siguiendo a una misteriosa llamada en su interior. Pero al mismo tiempo no quería actuar así; era

consciente de su crueldad. Y sin embargo, aquella llamada... era tan poderosa...

Tras mantener una dura lucha con sus tenebrosas intenciones, hubo un momento en el que al fin consiguió dar marcha atrás en su actitud, consiguiendo así doblegar a su lado oscuro. Entonces, levantó a la muchacha del suelo y la abrazó con ternura, como si fuera su hija. Había ganado la batalla contra los bajos sentimientos. Él no era como los soldados del cuadro, sino dueño de su voluntad. Era un hombre libre para decidir su destino.

Pero el diablo rojizo estaba al acecho y allá se les apareció, sólo que ahora no reía sino que se mostraba lleno de ira y furor. Y se dirigió hacia ambos, amenazante y deseoso de experimentar en ellos todo tipo de crueldades.

Colgado de una de las columnas de madera, había un candil encendido. Y Mauricio, sin pensarlo dos veces, golpeó el candil con la lanza, y éste cayó roto en mil pedazos al suelo, incendiándose.

El fuego enseguida se adueñó del granero, y el diablo retrocedió lleno de pavor —temeroso de ser alcanzado por las mordeduras y dentelladas de las límpidas llamas. Seguro que ya estará en el Infierno, royéndose de ira las entrañas, de pura rabia y cólera.

Todo el lugar estaba envuelto en llamas. Pero Mauricio sólo sentía el frescor de los labios de la joven en su boca —aquellos labios frescos y salvadores—. Luego, la joven le acarició la mejilla. Y casi a continuación, desapareció, poco a poco, al tiempo que le dirigía una sonrisa amorosa.

Un nuevo golpe le hizo perder otra vez el sentido, y cuando abrió los ojos, se halló en su pequeña buhardilla del Paseo de los Fueros, semitenido en la cama, empapado en sudor. Por la ventana que había olvidado cerrar entraba a ráfagas un viento frío.

Al día siguiente, se levantó temprano y se dirigió al Museo sin perder un minuto. Mas, para su asombro, no halló en la sala rastro del cuadro. Preguntó al guardián, y también a los encargados del museo. Pero nadie sabía nada de aquella pintura, y todos le miraban como se mira al infeliz loco, con pena y un cierto aire de burla.

Desesperado, se disponía ya a abandonar el Museo, cuando en un rincón de la sala del que nunca hasta entonces había reparado, vio una obra de arte realmente extraordinaria. Era el retrato de una joven; de una belleza prodigiosa. Enseguida la reconoció. Era ella, sin duda. La misma joven digna de compasión con quien la noche anterior había compartido su fantástica aventura; la misma que en dos ocasiones se le había aparecido en el Museo. Sólo que ahora cubría su cuerpo con vestidos finos

y delicados —¡bordados con hilos de todos los colores del arco iris!—. Y bastaba ver su rostro, para tomarla por la musa de la felicidad, así de alegre, bella y sensual aparecía.

En un ángulo inferior del cuadro, había escritas unas líneas, que decían así:

Mírame y me verás;
léeme y me poseerás.

Tan pronto como hubo leído esas palabras, Mauricio sintió en su corazón una alegría embriagadora. Aquel amor que sentía dentro de sí no perdería nunca, sino que perduraría toda la eternidad; traspasando incluso el umbral de la muerte. Veía ya superada la maldad del mundo y toda violencia extraña ya a sí mismo. ¡Aquello sí que era el placer! Sumergirse a manos llenas en esa humanidad... Escapar a la esclavitud de la ferocidad... No más insultos, contra este pobre mundo nuestro.

Cuando salió del Museo sonriendo de aquella manera, el funcionario de la entrada sacudió la cabeza a derecha e izquierda, en un gesto de desaprobación.

—Un chico de tan buen aspecto, y que haya enfermado hasta ese punto... —comentó con sentida tristeza a su compañero de recepción.

NÚMEROS EMBRUJADOS⁴

⁴ Los minirelatos de cada número no están relacionados entre sí; es decir, son siempre historias sueltas.

I

A pesar de tener olvidados hacía tiempo tantos pasajes de su vida, trató de volver a recordarlos. Desgraciadamente, sólo consiguió rescatar de aquel pasado unos pocos residuos simbólicos. Los libros yacían en las estanterías, silenciosos, como si también ellos fuesen parte de una serie de hechos históricos ya transcurridos. Reparó en los títulos por pura costumbre.

Luego, Gorka cerró los ojos. Por dentro, a modo de navaja invisible, un dolor sordo le traspasaba y no podía hacer nada. Era incapaz de arrancarse aquel dolor, pues no tenía fuerzas suficientes para ello.

Las primeras horas de la tarde habían surgido de algún lugar. Y antes de que pudiera plantearse la siguiente pregunta, se quedó dormido. La habitación rebosaba de silencios, al igual que la casa entera.

Al cabo de unas pocas horas, se despertó y miró confuso alrededor. Luego oteó la calle a través de las cortinas; y le pareció que aquel momento ya lo había vivido antes.

—El Humanista rendido ante la ciencia —
murmuró lanzando al mismo tiempo una carcajada.

A veces, a Gorka le parecía que había hecho ya en este mundo todo lo que un ser humano podía aspirar a hacer.

Aunque había cumplido hacía poco los treinta años, le parecía estar sin fuerzas. Jubilado antes de tiempo, agotado, como si el calor del verano se hubiera metido en su interior... Y ahora no podía encontrar ni una buena razón ni valor alguno que le ayudaran a seguir adelante. En realidad, había perdido el objetivo de su existencia. No sabía exactamente a favor de qué, porqué, tenía que luchar... ni tan siquiera si existía tal lucha, tal porqué. Tal vez, debería de intentar recuperarlo, pero... ¿recuperar el *qué*? Se limitaba a sentirse vacío, desgastado e indiferente.

—¿Soy yo quien le ha dado la espalda a la vida o la vida me la ha dado a mí? —se preguntó un poco burlón un poco airado—. *La vida* —repitió con desprecio—, sólo me faltaba eso. Comenzar a reflexionar acerca de *la vida*... Literatura Rosa. ¡Ja, ja!

Continuó mirando por la ventana. En su mirada se reflejaban la inquietud y el enfado. No quería ceder.

—Ya sé lo que me ocurre —dijo en voz alta, rompiendo el sagrado silencio de la habitación—. No puedo ser lo que quiero ser. No puedo leer ni escribir. Y es por eso que he dejado de en-

tender las cosas que me rodean. Las felicidades que colman a la mayoría de las personas para mí no son suficientes. Tengo que leer, leer, leer... Y luego escribir. No deseo hacer nada más en este mundo de perros. No puedo hacer nada más. Quiero tratar de comprender cada instante, lo necesito. Ése es el único medio que tengo para amar lo que tengo. Soy un escritor. Por vanidad, quizá; por necesidad, tal vez. Soy un escritor y quiero serlo en cada instante. Si no puedo ser lo único que deseo ser, entonces no soy nada. ¿Habría alguien que comprenda estas palabras? Tal vez debiera reunir las en un trozo de papel y meterlas en una botella. «El artista náufrago arrojado a los tiburones de la imposibilidad» — dijo con ironía—. Además, ¿quién quiere vivir en una montaña que ha dejado de ser mágica? Eso es tan absurdo como empeñarse en amar aquello que sólo te perjudica. Hasta ese punto podemos perder el rumbo, y extraviarnos...

Gorka estaba tan aterrorizado que sentía los intestinos por dentro encadenados. Deseaba ver hechos realidad los objetivos que profesionalmente le era necesario conseguir, pero le faltaban las oportunidades materiales para poder llegar hasta ahí (pues parecía hallarse bien dotado de talento y capacidad). De todas maneras, aún no sabía hasta donde debían llegar realmente esas oportunidades. No, el problema no residía ahí; el problema era que no podía renunciar a su familia, a su casa, a su trabajo, a su modesto e inseguro nivel social... Y aunque lo hiciera así, quién le aseguraría que no habrí-

an de sobrevenirle otros impedimentos, otras barreras, tan infranqueables como las anteriores?

Cogió un libro y se marchó de casa. Últimamente estaba muy inquieto; y eso no le dejaba vivir. Le parecía que estaba preso dentro de sí mismo —llevaba su vida diaria anudada en la garganta, como una bola inmensa, hasta el punto de impedirle respirar—. Era como si llevara mucho tiempo muerto; como si viviera en lugar de otro... Las últimas horas del día comenzaron a desparramarse por la ciudad, dejando tras de sí un rastro de melancolía. Aborrecía todo y se sentía aborrecido.

—¿Cuándo podré descansar, con la misma santidad de las piedras? —se preguntó a sí mismo enfadado, ridículo.

Al pasar junto a un jardín, se le ocurrió adornar su cabeza con una corona de flores, incluso estuvo a punto de arrancar las flores y hacerlo así.

—¿Y por qué no? —se dijo divertido—. Un alegre Fauno en medio de la vulgaridad de La Ciudad Triste. ¡Ja, ja!

Una señora volvió la cabeza para mirarle y Gorka trató de volver a recuperar la compostura.

La noche comenzó a anegar de sombras las calles. Su angustia se había mitigado un poco. De una rama cayó pausada una hoja seca. Y Gorka

siguió el camino de su caída con la mirada, hasta que se posó en el suelo. Por un momento, pensó que la caída de la hoja era un mensaje y trató de descubrir su significado.

El río parecía que flotaba dormido y los instantes luminosos de las luces de las farolas se reflejaban en las aguas. El ambiente se tornó irreal. El dolor de Gorka ya no era tan intenso, y el cansancio infinito que le inundaba por dentro en cierta medida se aplacó. Advirtió en el paisaje urbano un toque rural. Y observándolo con atención, se preguntó si acaso no se hallaría ante el paisaje de un cuadro.

—Sólo tengo que atravesar el cuadro —se dijo— y pasaré a formar parte del mismo.

No era un pensamiento demasiado original; pero, aún así, el hecho de tomar conciencia de la belleza que de por sí conllevaba le produjo por primera vez en mucho tiempo una sensación de alegría.

—Sí... Seré el hombre que pasea junto al río; el personaje —tal vez poético— que atraviesa la noche, el río y la ciudad sumergida en las sombras; el personaje al que a todos los admiradores del cuadro les gustaría ser. Según atravieso la noche, el río y la ciudad pasaré a convertirme en una explosión de poesía —único remedio contra la vulgaridad—. Seré parte de ese deseo en el corazón de

los que aman el cuadro. Contemplado de cerca, un amasijo de colores...

A partir de ese momento, las cosas comenzaron a sucederse con dulzura. Y Gorka volvió a recuperar su paraíso; a poseer el mítico Edén. Estaba listo para escribir un nuevo libro: un cuento, una narración breve, una novela... Eso no tenía importancia. Todavía era capaz de escribir. No estaba muerto. Sólo había sido un bajón. Nada más. ¡Todavía era capaz de escribir!

Al término de la exposición del famoso pintor ***, todos los críticos se mostraron unánimes: el cuadro titulado «Caminante atravesando la noche, el río y la ciudad» había causado una gran impresión entre el público asistente.

—Parecía tan superficial... Y, sin embargo, era como si fuera a fundirme con ese paisaje... ¡Como si yo misma fuese el paseante del cuadro! —comentaba con gran entusiasmo una mujer a su acompañante.

II

El joven escritor contemplaba el paisaje más allá del ventanal. Era un día lánguido de tonos grises, oscuros —bien surtido de nubes que presagia-

ban abundantes aguaceros—. El mar, poseedor de una suerte de violencia fatal, como una amenaza que fuese a devorarlo todo, iracundo, se balanceaba en medio de aquella infinitud semejante a trigales inmensos, en espera de la mano del campesino que habría de partirlo en dos.

Pero él no era un campesino; sino un escritor (uno de esos escritores que atosigan al mundo con su imaginación, verborrea y su gran sentimiento artístico, inevitable).

Qué hermoso era aquel paisaje, siempre desafiando arrojar su carga de lluvia, con sus nubes blandas y grises...

Se oyó el sonido de una campana. ¡Ah! Hora de comer... Él nunca sabía cuándo era la hora de la comida. Dos veces al día, alguien le llevaba una bandeja. ¿O eran tres veces al día...? No lo sabía seguro. A veces, comía con ansia; y otras, incluso olvidaba que la bandeja estaba allí.

Era un escritor, un joven escritor. Y contemplaba, más allá del ventanal y hacia aquel día gris que hacía tanto tiempo que se repetía... Así es como le gustaba. Amaba las nubes blandas y grises, cargadas de lluvia y esperanzas, y tan melancólicas... Eran bellas y halagadoras —casi incluso sonrientes—, con esa tristeza apocalíptica...

El joven escritor miraba hacia el mar y el mar le devolvía la mirada con una violencia tal... Exactamente como a él le gustaba. El cielo gris, como el mar. Así soñaba Euskal Herria. Así imaginaba su paisaje. Tan lejos de la alegría sureña, y sin embargo, del único modo posible. ¡Qué hermoso era! Las nubes blandas y grises balanceándose tontamente por encima del cielo, ocultando el mar, y las olas allí mismo alzando sus crestas hacia el cielo...; y mientras tanto, el cielo escondido bajo las olas blandas y grises, las cumbres humildes y magníficas de los montes transformadas en olas blandas y grises, en medio de esta inaudita Euskal Herria...

¿Quién le comprendería?

Él era un escritor y desde el mirador de su patria permanecía al acecho del paisaje blando y gris. Las nubes eran grises y blandas; y el mar, embravecido, como un juguete peligroso, roto en mil espumas (¡todas distintas! ¡todas-todas iguales!), acunándose en el ecuador del día exactamente igual a los anteriores, completamente idénticos, pero del todo diferentes...

Era un escritor. Era el escritor de un pueblo deformado, que no tenía costumbre de leerse. Él estaba allí y había visto todo aquello. No podía hacer nada más. No sabía cómo demontre hacerse con un flotador en medio de aquél agónico mar. No sabía cómo diablos construirse un par de patéticas alas, en aquél cielo humilde y cenizo.

No era más que un pobre escritor. Y alguien abrió una puerta y dejó en el suelo una bandeja con comida. Es decir, todo cuanto le hacía falta: un poco de comida, y unas pocas nubes blandas y grises, y aquél mar embravecido, iracundo e intenso... Y un poco de comida. Porque no era más que un pobre escritor.

III

Las manos sobresalían de la tierra más allá de toda humanidad, con un descaro tal... Eran unas manos blancas (sin cascabeles, anillos ni abanicos), con sus brazos peludos... Eran dos manos desnudas surgidas de la tierra desnuda.

Y surgían de la tierra desnuda; y eran tan inocentes... En la noche iluminada, un teatro de sombras chinescas se había hecho dueño y señor del lugar. Pero las manos... Esas manos nunca descansaban sobre la tierra fría (empeñadas en surgir incansables de la tierra, suprimido todo el terror — que es realidad—, incansables, retorciéndose...). Las manos... En busca de un admirador (en busca de alguien dispuesto a seguir sus movimientos — hasta el final, apasionadas, puramente apasionadas—). Las manos... Siempre en pos de su admirador incondicional —¡el admirador perfecto!—. Y el cuello (sobre todo su cuello: hermoso, voluble, retorcible...).

Las manos. Surgidas como una planta más, misteriosas, rebosantes de raíces y profundidades —¡abono y estiércol!—. Y Bilbo. Casi-casi la ciudad ideal. Con unas enormes ganas de follar. Prácticamente perfecto, deseado, en su punto (aunque sólo yo me sintiera así). No importa. La mejor ciudad del mundo. Y las manos allí, sobresaliendo de la tierra revuelta por uno de esos armatostes, riéndose de la revolución de los transportes, y... ¡El METRO! Para llegar a las manos, en el campo, en el que una vez fuera bello caserío y hoy refugio desolado para pájaros, ahí mismo... Pero, sobre todo, junto a una playa de la que nunca sabré cómo se llamaba, en un lugar perdido, allá... Pero, ¿cómo se llegaba a ese lugar? Eso sí, cerca de Bilbo, muy-muy cerca, tan cerca... Y aquella calle... He olvidado su nombre... Allá estaba, sí, ¡la Oficina General!

Y las manos... ¡Ahora lo recuerdo! Sucedió en aquella playa. Las manos flotaban en la playa, llamándome. En aquella playa sin nombre y sin dirección. Tal vez, estaba contaminada. Era mi playa. La playa de mi juventud. La playa de mi juventud sin nombre. Tan cerca de Bilbo. ¡Dios mío! ¡Hasta siempre, lugar! ¡Hasta siempre, playa! ¡Hasta siempre, juventud! ¡Hasta siempre, manos!

¡Si pudiera regresar y abrazar otra vez aquellas manos —mis manos—! ¡Si tuviera el poder de destruir todo cuanto no se ajusta al tiempo ni al presente, y comenzar una nueva vida con la joven

trabajadora de Correos! ¡Si pudiera morirme a voluntad, y que las manos continuaran en mi lugar hasta el fin de los tiempos, y todas las noches hacer el amor con mi joven trabajadora de Correos, cuando ella aún no sabía, ni tan siquiera soñaba, que algún día sería mi joven trabajadora de Correos... cuando las manos danzaban... en la tierra... un poco desesperanzadas... como si el tiempo no les importara demasiado... pero, a pesar de todo... con discreta ilusión... En aquella playa que tan cerca estaba de Bilbo (nunca más pude volver a encontrarla...).

Las casas estaban llenas de homosexuales, y había también una mujer enamorada de un modo insólito en extremo...; y mi tiempo de adolescente —tan angustioso— ahogado entre aquellas manos... Por siempre jamás: ¡adiós! ¡Oh, manos! ¡Qué dulces danzáis sobre la tierra (sobre el rastro dejado en aquella playa desconocida, eterna siempre)!

IV

Se hallaba así como en un cruce de caminos, y no veía con claridad cuál era la dirección que debía tomar para salir de aquel atolladero. Por la mañana, todos los pensamientos se apiñaban alborotados en su cabeza.

—¡Soy el guardián del universo— gritó riéndose.

Encendió un cigarrillo y apoyó la palma de la mano sobre la nuca, como queriendo aligerarla de un peso invisible.

Un bote de conservas vacío brilló en medio de la calle.

Sabía que le hacía falta un catalizador (algo que le ayudara a encaminar la violencia que le quemaba por dentro).

Vio un fresno y el hecho de reconocer el árbol por su nombre le provocó gran alegría.

—No tengo otro remedio —se dijo—: tengo que matar a todas las prostitutas de la ciudad.

Entonces, perdió el juicio. Se volvió loco. Y a partir de ahí, no volvió a ser de nuevo un ser humano, sino un psicópata asesino.

—Con un poco de suerte, podré llegar a eliminar a unas veinte o treinta prostitutas antes de que me atrapen.

Hacía un calor insoportable, y ello acrecentaba su depresión y furia.

Se adentró en la ciudad, hasta llegar a un club. Había en aquel momento tres mujeres en la barra.

Koldo sacó la pistola.

—¡Soy un depredador, chicas! —gritó.

Y acto seguido abrió fuego.

—Ha sido estupendo —se repetía una y otra vez camino de casa—. Tengo que volver a hacerlo.

Sí, perdió el juicio. Se volvió loco. Y a partir de aquél instante, nunca volvió a ser un ser humano, sino un psicópata asesino.

V

El parachoques del automóvil tenía una gran mancha roja. «Mierda», pensó con rabia. Y en un instante, la imagen del accidente recién ocurrido pasó por su cabeza. Una imagen destructiva, inmediata. Una de esas imágenes que en un santiamén son capaces de destruir a una persona. Pero ya no podía hacer nada. Aunque le resultaba incomprensible, permanecía impenitente ante los graves hechos sucedidos. «Acabo de matar a un muchacho con el coche, pero... ¡no soy capaz de sentir remordimiento alguno!». La inolvidable imagen todavía le andaba danzando en su cerebro. Volvió a examinar el parachoques, y lo hizo como si contemplara una naturaleza muerta. Le parecía que era uno de esos días en que las cosas se suceden por sí mismas. «Un día navegable», se dijo para sí mismo,

con un resto de buen humor. Reparó en un árbol cercano. Desde que había tenido lugar el accidente, era la primera vez que pensaba en otra cosa. El tronco del árbol estaba hendido a una altura aproximada de un metro y medio del suelo, dejando al descubierto el débil aspecto del árbol. «Diría que es un olmo». En aquél instante el parachoques le envió un destello, a modo de recuerdo de su aciago destino. Su matrimonio, sus amistades, su posición social... ¡todo se iba al traste! La cara que pondría su pobre mujer, en cuanto tuviera noticia de ello... No. Haría todo lo posible para evitar el escándalo. No lo atraparían tan fácilmente, y testigo de esas intenciones ponía a los mismos y enormes edificios de la urbe. Al fin y al cabo, nadie es culpable, hasta que no se demuestre lo contrario. Fue a mirar la matrícula de la parte trasera del vehículo. ¡Qué alegría! Estaba tan sucia que era imposible leer los números! «El barro ha emborronado los números». Se hallaba de pie sobre la tierra polvorienta, con aspecto de estar trajinando algún plan. «En el peor de los casos, no habrán podido ver más que el modelo del coche». De modo inconsciente, alargó la mano hacia el tronco del árbol, hacia el lado donde se hallaba hendido. Pero la apartó con gran sobresalto, al ver que dentro de la hendidura una masa de color blanco se agitaba. Era como un organismo sin forma precisa. «¡Un monstruo!», pensó con alegría. Le llegó el hedor. De la hendidura manaba un hedor insoportable. Se preguntó de buen humor si acaso no sería la región anal del árbol. «Quizá, la culpabilidad que no soy capaz de sentir se encuen-

tre ahí, dentro de esa hendidura». Y rió en voz alta. Movido por la curiosidad se acercó más, tratando de no reparar en el hedor. «Huele a podrido. ¡Dios mío, ahí dentro hay una legión de gusanos!». Pensó que dentro del agujero habría algún animal muerto. «O basura, quién sabe...». De súbito, los gusanos comenzaron a caer uno tras de otro, de la hendidura del árbol al suelo, como en una procesión, como si ellos mismos también quisieran huir del hedor. Era una visión que le embrujaba el alma. Permaneció casi dos minutos mirando la cascada de gusanos. Luego, sacó del maletero el líquido anticongelante y un trapo viejo y fue hasta el parachoques, donde se agachó para limpiar la mancha de sangre. El tapón de la lata del líquido anticongelante estaba un poco roñoso y le costó abrirlo. «Si me atrapan, me quitarán todos los bienes. Mi familia se quedará en la calle». Cuando acabó de limpiar, se puso en pie, se alejó unos metros del coche, y luego de examinar con atención el parachoques asintió varias veces con la cabeza. «Buen trabajo». Debido al golpe, una parte de la pieza de metal se hallaba hundida. Lo llevaría a arreglar a algún taller de carrocería. Pero no a una carrocería de la ciudad; sino a alguna otra situada a unos cientos de kilómetros. El trapo ahora manchado de rojo lo arrojó a la hendidura del árbol. Se sentía a salvo de la justicia. Veía la imagen del accidente cada vez más lejana de su feliz presente. Iría a casa y daría un beso a su mujer. «De camino, pararé en una droguería y le compraré un perfume». Luego, entró en el coche, se puso el cinturón de seguridad y giró la llave de contacto

para poner en marcha el motor. A pocos metros el vehículo se detuvo, ahogado. «He sacado demasiado el aire». Al fin, arrancó otra vez el coche y se alejó de aquel apartado lugar. Sabía que el muchacho del accidente había muerto, pues el golpe había sido terrible. Pero sólo él sabía quién era el asesino. Y ser poseedor de ese secreto le fascinaba. «Soy un asesino y estoy a salvo de la justicia». Y sin poder contener su alegría, lanzó un grito hacia el cielo. Las primeras edificaciones de la ciudad —cemento y acero— hicieron su aparición. Un sol infecto se ponía planamente por la línea del horizonte, como buscando un nuevo y cómodo lugar para el día siguiente, sin mostrar prisa alguna.

VI

La siguiente hora la pasé en su casa y de allí a Londres. Entonces no le pagué nada. Me fui a hurtadillas. ¡Anda que no se enfadaría ni nada, al darse cuenta del engaño! La debí de dejar rabiosa. A mí plin. Yo y mi amigo nos divertimos de lo lindo. Hacia el final, siempre solía quedarse dormido. Él. Primero comenzaba mi amigo y enseguida se me quedaba groggy encima de mí. Una tarde, mi amigo me propuso ir a hacer cosas prohibidas. Había algunas chicas paseando arriba y abajo de la calle. Pero, la mayoría, estaba bastante ocupada. Le eché el ojo a una. No fue fácil convencerla. Puestos en camino, llegamos a una pequeña habitación en un edificio oscuro, rodeada de paredes, y me dijo:

—¿Aquí?

—Sí, claro —respondí.

Así, se inclinó en el suelo, enfrente de mí. Y poco a poco, supe cómo era el cielo. ¡Qué gozada! Por lo menos salió y entró unas veinte veces. ¡Vaya una guindilla! Le así del cabello y puuurrra! Allá le fue todo. ¡Ta-ta! Trabajo de mil duros, y contenta. En la pieza había bidé, pero ducha no. El compañero de la muchacha había andado por Bilbo aprendiendo el oficio y hablaba bastante bien en vascuence. Amigo de mi amigo, él mismo me la había presentado un cierto día. Y el otro, al que se le iba de la cabeza el idioma y que si no quería practicar un poco. Solíamos reunirnos los tres todos los días o si no muy a menudo. Nos dijo que conocía a dos amigas que quería presentarnos, y que ya nos las presentaría. Mi amigo le dijo:

—Yo, con vuestro permiso, me encargo de las bebidas.

Así: «Ves y preséntanoslas rápido». Y que sí, y nos las trajo al día siguiente. Elegimos el sábado para dedicarnos a ello. Nos preparamos y acicalamos temprano por la noche, luego de una buena cena, y tras asear nuestros miembros, ¡a la pieza! Ya estábamos subiendo por las lúgubres escaleras del siniestro portal, soñando con el placer que nos aguardaba arriba. Y en cuanto llegamos llamamos

al timbre. Veníamos alegres. Para entonces los demás ya habían llegado, y nosotros no perdimos tiempo en entrar, deseosos de comenzar la fiesta cuanto antes. Bebimos de lo que había y otra vez más café. Una daba bastante trabajo, pero de todas maneras tenía su habilidad. Otra dijo que bien habría de mostrarnos su buena voluntad y que nos pusiéramos en medio. Dicho y hecho. Tal y como nos lo prometió, fue inolvidable. La otra no se quedaba atrás. Había que trabajar duro, haciéndonos caso a todos. En mi vida, no recuerdo haberlo pasado nunca mejor. Con aquellas benditas muchachas, no podíamos estar en mejor compañía. A todos os deseo una experiencia así. Cuando nos marchamos, parecían disgustadas. Que no habíamos llenado la bolsa lo debido.

VII

(Base lingüística: «Ipui onak». Bizenta Mogel. Euskal Editoreen Elkartea. Páginas: 69, 70).

Una mujer andaba por la calle buscando a muchos hombres, y llegó a las puertas de una discoteca repleta de jóvenes. Le salió al encuentro el que se hallaba de enorme y vanidoso guardián, y le dice:

—¿Qué te trae por aquí, malvada mujer?

Le respondió ésta:

—Permanece en tu puesto. Tóname, y no hables, muérdeme.

Le dice el guardián:

—¿Me lo das para entrar sin pagar?

—Te lo doy porque ésa es mi voluntad, y para entrar adentro sin pagar, y llevarme los jóvenes que a ti no te atañen en especial.

Y le dice el guardián:

—¿Quién habrá de darme el placer de hasta el día siguiente si te llevas a mis jóvenes, o si les robas la alegría y dineros que poseen? ¿De veras crees que por un poco de placer estoy dispuesto a perder el placer de una vida entera? ¿Me ofrecerás tu acaso el placer que más tarde habré de necesitar? No tienes nada que dar a los hombres, eres para ellos dueña de un sentimiento insensible, ¿y habrás de ser mejor para mí? No seré yo quien dé la espalda a quien todos los días me da placer; y bien que cuidaré de las bellas y bellos jóvenes que transitan por esta discoteca. Así que ves rápido por los caminos que has venido, si no quieres que aquí con mi bastón te rompa el trasero. No pasará por esta puerta chica hambrienta y danzarina mientras yo pueda impedirlo.

Este cuento quiere decir que no hay que hacer caso a los «tontolapicos». Que los orgullosos y locos deben cuidar con tiento las puertas de las discotecas, y no ser ladrones de sala de fiesta, ni prestar ayuda a ladrones de disco-play. Que a quien se ofrece a sí mismo de balde no se le debe ni lealtad ni atención.

VIII

Levanto los ojos al cielo
y a Dios que no existe
le pregunto:
—¿Por qué me haces sufrir tanto?

Algún día me odiarás;
—Eso es amor —me dirás.

(Estribillo para una canción hortera
[incunable...]).

Soy, siempre seré un
euskal idazlea
—incluso en castellano.

En el mundo, conocí a dos pájaros azules (quizá, uno en dos). El primero, fue una enorme máquina de tren, de los «Ferrocarriles Vascongados» (tren de amor hacia mi padre e infancia); y el otro —sin fundamento para mí— perteneció a un tal Rubén Darío.

(Dedicatoria: A mi tía María de Salamanca, qué sé yo porqué).

Los hombres que yo amo:
los que antes de pedir una limosna,
estarían dispuestos a matar.

IX

La tierra estaba arrasada. Quemada de arriba abajo. Habían transcurrido ochenta largos años desde que estallara la Tercera Guerra Mundial. Pero las consecuencias de la guerra aún permanecían. La tierra nunca más volvería a ser tal y como la conocimos. La lluvia era siempre de color negro, con un porcentaje de acidez muy elevado. De manera que no podía beberse. Otro tanto sucedía con las aguas de los ríos. Los pocos grupos humanos vivían dispersos aquí y allá, la mayoría de ellos en cavernas, cerca de las aguas subterráneas no contaminadas. El ser humano otra vez había tomado el camino de las cavernas. La civilización que una vez

brillara con orgullo se encontraba ahora extinguida, como una antorcha humeante ya consumida. Había quedado en evidencia lo débiles que eran los seres humanos; sin embargo, los insectos eran fuertes. Más fuertes incluso que las ratas. Resultaba extraordinario ver lo bien que se amoldaban a cualquier condición. Las ciudades, en una época repletas de barullo y de gente, yacían ahora silenciosas y desiertas. Se habían convertido en refugio de numerosos animales que habían conseguido sobrevivir. Pero no creáis que eran las mismas razas que las conocidas por nosotros. De hecho, eran las mismas razas de nuestra época sólo que adaptadas al nuevo entorno: el perro carroñero, el gato cazador, la paloma chupadora de sangre... Pero los más temibles eran los insectos, ya que en número resultaban infinitos y no había forma de luchar contra ellos. Resultaba más fácil para el ser humano luchar contra otros seres humanos —porque a pesar de la terrible guerra no vayáis a pensar que las matanzas entre los pueblos humanos se habían detenido—. Era algo que no había manera de evitar. Los seres humanos eran así y punto. Lo llevaban en la sangre. No eran ni buenos ni malos; eran, sin más. En la tierra no había Dios que castigara la maldad o premiara la virtud. Y más allá de la muerte, quién sabe. La mística se hallaba agotada. No le importaba a nadie. Además, desde que los televisores de todo el mundo dejaron de emitir, los que habían conseguido salir vivos disponían de más tiempo para dedicar a urdir maldades, encender guerras y continuar matando al prójimo... Era como permanecer

aguardando a la muerte, haciendo frente —en vano— a un aburrimiento infinito. Al fin y al cabo, la nada. El árbol de la ciencia dio su fruto. Y todos buscaban su venganza en acciones pasadas y futuras... Todo daba igual. El camino estaba cerrado, así como las centrales nucleares. El ser humano había emprendido su viaje de vuelta. Por nostalgia. Por frustración. Quién sabe. El caso es que allí no había nada. Así que, era preciso retroceder. Hasta la célula. Hasta la ameba. Hasta el átomo. Qué diablos: ¡hasta el espacio! Sí, ésa misma era la primera condición para regresar al espacio: ser ingrávido. El único modo de superar la velocidad de la luz era ser más ligero que la luz (esa era la condición indispensable). Y como el peso de los pensamientos era excesivo, también a ellos era preciso abandonarlos en el camino. Más ligero que el aliento; más rápido que el rayo. Había que regresar a las raíces que yacían bajo el árbol de la ciencia. Y de allí, al espacio. Era un camino difícil e ignoto, pero también el único. Desde luego, nunca resultó fácil renunciar. El apego a la vida. Otra ley impuesta por la naturaleza. Aunque no invencible, sino más bien de mera obligación (al menos, hasta cambiar de esqueleto). Entonces, la cristiandad pasó a convertirse en una extraña reivindicación en las enrojecidas entrañas de la madre Tierra, en un grito lanzado por un espectro, desde un intervalo de millones de años, con lógica ancestral (puro pensamiento, sabiduría). «Las cavernas». Para huir de las cavernas, primero había que convertirse en piedra; fundirse con las partículas de piedra; transformarse en obra de arte

esculpida en la piedra. Entonces, sí: el camino hacia el espacio queda abierto. El universo, las estrellas, los itinerarios cósmicos. Tan simple como enviar un mensaje a través de los hilos del teléfono. Sabiduría ganada por intuición. Salto interestelar. Espacio abierto en la piedra labrada, para proyectar el ojo a través de él. Porque para poder asimilar cuanto le da alas al pensamiento, son necesarios miles y miles de años, siglos, milenios. Simplicidad, más que simpleza. Más allá de la muerte no había dios, porque ni tan siquiera había muerte. Era más fácil de lo que se creía. No nos morimos nunca, por suerte para todos nosotros. Incluso los recuerdos resultaban en exceso pesados para nuestro Gran Viaje. También a ellos era preciso abandonarlos en las cavernas, a salvo de las terribles plagas de insectos, protegidos por un velo de fuego, enterrados bajo montañas de hielo de varios kilómetros de espesor. Voz interior llaman algunos a ese fenómeno. Y no se equivocan.

X

Me iban a ahorcar al día siguiente. Al menos, eso me ha dicho el carcelero. El carcelero se llama Patxi y no tengo queja de él, pues desde que estoy aquí siempre ha sido correcto conmigo.

Han pasado ya quince años desde que me juzgaron y trajeron a esta cárcel. Tal y como suele recordarme a veces Patxi, en aquella época era un

hombre joven: pero yo no he sentido cambio alguno dentro de mí, es decir, me sigo sintiendo tan joven como antes.

Desde mi celda puedo ver la horca. Un pájaro se ha posado en ella; y enseguida, sus amigos han venido a hacerle compañía. Le he dicho a Patxi que ser pájaro tiene que ser agradable, pero él no me ha respondido nada. Sólo se ha encogido de hombros.

Los dos hemos quedado en silencio durante un rato.

—Mira —ha dicho Patxi rompiendo el silencio—. Los pájaros se han ido.

No le he respondido nada, pero para mis adentros he pensado: «No me extraña». Y otra vez me ha dado pena no tener un par de alas, y huir para siempre de este lugar.

Creo que Patxi me ha adivinado el pensamiento, porque con la cabeza ha hecho un movimiento —afirmativo— y acto seguido ha lanzado un suspiro.

Me ha preguntado si quiero estar solo. No le he respondido nada; he alzado la vista y me he atrevido a mirar hacia la horca.

Está en medio del patio y su silueta se proyecta con nitidez en las baldosas de color gris. Es una sombra larga y seria, casi-casi similar a una cruz.

Me he preguntado a mí mismo a cuántos habrán ahorcado en esa misma horca. Muchos, sin lugar a dudas. Y todos debieron de sentir lo mismo que yo siento ahora en este instante. Darme cuenta de ello me ha resultado un poco fastidioso, como si mis últimos momentos no tuviesen nada de extraordinario por el hecho de no ser el único en vivirlos.

—¿Quieres fumar? —le he preguntado a Patxi ofreciéndole al mismo tiempo un cigarro.

Me ha mirado como si no entendiera mi pregunta, pero lo ha aceptado.

Los dos hemos comenzado a fumar; otro cigarro más.

El humo se me ha metido en los ojos haciéndome llorar sobre todo del ojo izquierdo. Patxi ha debido pensar que lloraba de veras y él también se ha echado a llorar, del ojo izquierdo y del derecho.

Entonces, me ha entrado la risa. Pero he comenzado a toser con gran alboroto. Patxi me ha dicho que me calme. Que me entienda. Que sabe

muy bien el infierno que estoy pasando. Se ha callado enseguida. La palabra «infierno» nos ha puesto nerviosos a los dos.

Luego, he estado a punto de decirle: «Tranquilo, peor que esto no puede ser». Pero me lo he guardado para mis adentros.

Me ha preguntado si quería tomar un café y antes de que pudiera responderle ya se había ido.

Me he quedado solo, mirando la horca.

La he encontrado graciosa, incluso sensual.

He sentido un poco de vergüenza, al recordar que el miembro de los hombres suele ponerse erguido. Eso todos lo saben. Y debe de ser verdad. Pensándolo bien, mejor así. Quizá sea como morir en una ola de placer, mientras miras al sol por última vez.

«¿Cómo se llamaría el último que murió en la horca?», me he preguntado. Y he tratado de hacer una lista de posibles nombres, aunque sin conseguir dar con ninguno que pudiera parecerme creíble.

Patxi ha regresado trayendo en las manos dos cafés y he apartado la mirada y el pensamiento de la horca.

El sol del atardecer es maravilloso.

De repente, he adivinado cómo se llamaba el último que murió en la horca: Patxi, el carcelero.

XI

Yo era una cucaracha y había caído dentro de un vaso de pacharán.

—¡Puaj! Demasiado azúcar —exclamé, y sacudí mis antenitas tal y como lo suelen hacer los perros luego del baño.

No resulta fácil ser una cucaracha. Todos quieren aplastarte: con la zapatilla, con la escoba... Mi abuelo siempre lo decía: «El mundo no está hecho a la medida de una cucaracha». ¡El pobre! Un día quedó como si el Ganador del Concurso de Ballenatos del Cantábrico le hubiera pasado por encima, hecho papilla contra las baldosas de una cocina.

A decir verdad, es cierto que ése ha sido precisamente el destino de toda nuestra familia (e incluso, de todo nuestro pueblo): ser aplastados, rociados con aerosoles, aniquilados... Aún me cuesta comprender cómo hemos logrado llegar hasta aquí. Seguramente, gracias a nuestro instinto de supervivencia. Quién sabe. ¿O quizá gracias a la casualidad...?

De todas maneras, no me hallaba en situación de filosofar. Al fin y al cabo, había caído dentro de un vaso de pacharán y no podía salir de allí. Lo único que podía hacer era sacudir las antenitas, pero eso no era suficiente para poder escapar de aquel maldito vaso.

Me pregunté qué marca de pacharán sería: «Etxeko», «Basarana»... No por nada en especial; sino por pura curiosidad.

Una cosa estaba bien clara: a aquel pacharán le habían echado hielo. De hecho, mis antenitas temblaban, de frío.

Entonces, maldije mi destino; como si hubiera entendido que ser una pequeña cucaracha negra y nauseabunda era la peor cosa que pudiera sucederle a nadie en este mundo.

«Vamos, vamos. Eso son sólo prejuicios». Así es como mi abuelo —que en paz descansa— habría hablado.

Con hielo o sin hielo, el caso es que empezaba a «calentarme». Casi había dejado de sentir el efecto del frío, pues para entonces estaba prácticamente ebrio. Y comencé a cantar, y también a gritar «¡viva nuestra reina!». Casi ya ni podía controlar mis dos antenitas. Era como si tuvieran vida propia. ¡De veras!

La música de la taberna estaba bien; tenía bastante marcha, al menos. Incluso conseguí olvidar por un momento mi fatal destino, es decir, que sólo era una cucaracha digna de compasión atrapada en un vaso de pacharán con hielo. Pero, ¿cómo habría de ser mi muerte? ¿moriría ahogada en el maravilloso y salvaje líquido báquico? ¿o aplastada tal vez por un zapato del cuarenta y cuatro? ¿o, antes de que ello sucediera, se divertirían acaso con mi penoso cuerpo, verbigracia, arrancándome las patitas de una en una?

La respuesta no tardó en llegar. Vi acercarse hacia mí unos labios gruesos y carnosos. Un bigote terrible.

—¡Eh, pintor de brocha gorda! —gritó alguien—. A que no te bebes el pacharán entero de un solo trago.

—¿Que no? —respondió al desafío un hombretón regordete con el terrible aspecto de ser «ése» precisamente, el pintor-de-brocha-gorda.

Aquellos labios gruesos y carnosos, el terrible bigote, unos dientes negruzcos y amarillentos bien picados... No tuve tiempo de ver nada más. Me vinieron a la mente las palabras de mi abuelo, antes de desaparecer en aquella voráGINE:

—La he cagado. ¡Viva la reina!

XII

Tenía un grave problema: mi pito me hablaba.

Sí, habéis entendido bien. Mi pito no paraba de hablar. ¡Ese maldito charlatán!

No sé cómo empezó aquella pesadilla. Creo que fue una tarde cualquiera. Me hallaba en casa, solo, tomando una taza de café, cuando escuché una voz que decía:

—¿Por favor, me das a mí también una taza de café?

Al principio pensé que aquella voz provenía del televisor; pero pronto advertí que éste estaba apagado. Antes de que pudiera salir de mi asombro, la voz otra vez hizo la misma pregunta:

—Por favor, ¿me das a mí también una taza de café?

Sin embargo, en esta ocasión pude darme cuenta de que aquella voz era como la mía, sólo que más fina y menuda, y que parecía salir de debajo de mi ropa.

—Por favor, bájate la bragueta cuando te hablo.

Se me erizó el cabello, aunque desde luego me apresuré a hacer lo que se me ordenaba. No podía hacer otra cosa.

De la bragueta surgió mi pito absolutamente erecto. Y moviendo los labios, repitió:

—Por favor, ¿me das a mí también una taza de café?

Yo estaba aterrorizado; no sabía ni lo que me hacía.

Con mano temblorosa le acerque la taza a los «labios» y le di a beber de mi café.

—¡Ay! —gritó—. Está ardiendo, estúpido.

Tartamudeando, le pedí perdón. A decir verdad, también yo tenía ganas de gritar, porque realmente el café estaba ardiendo (y a fin de cuentas, era mi pito).

—Además, ese café es muy fuerte. Me va a quitar el sueño.

Otra vez estuve a punto de pedirle perdón, pero permanecí en silencio. No sé bien porqué,

pero el caso es que fui a por un poco de leche fría, para enfriar el café.

—Gracias —me dijo mi pito—. Así está mucho mejor.

Yo asentí con la cabeza.

Una vez apurado el café, parece que recuperó el aplomo y me preguntó:

—¿De qué quieres que hablemos? ¿Por ejemplo, de Marx?

Yo enarqué las cejas, sin salir de mi asombro. Y él, mi pito, empezó a decir no sé qué sarta de tonterías acerca de «El Capital». Al cabo de poco tiempo había dejado de prestarle atención. Se me había ido el santo al cielo, que se dice.

Como ver a mi pito así, en esa situación, me desazonaba un poco, cogí un rotulador y le pinté dos ojos y una nariz. En fin, no era nada del otro mundo, pero al menos ahora ya tenía una cara, además de labios. Incluso le pinté una barbita de estilo cabra.

Mi pito continuaba hablando sin cesar.

Para que se encontrara más cómodo, me quité los pantalones y los calzoncillos y me fui a la cocina a preparar otro par de cafés.

Cuando regresamos a la sala, le preguntó con amabilidad:

—¿Un azucarillo o dos?

Pero ni siquiera se dignó a responderme.

Continuó con su verborrea, dale que dale. No se callaba. Al final, le lancé un grito. Me puse de rodillas y le rogué que se callara. Incluso le propuse ir a ligar. Nada, ni por ésas. Sólo quería hablar acerca de «El Capital». Parecía que quería convencerme de algo. Pero, ¿convencerme de qué? Para mí, «El Capital» o «El Capitán Trueno» eran más o menos dos narraciones idénticas del mismo autor.

—¡Oye! —le grité fuera de mí—. A mí me importa un bledo la filosofía. No sé griego, ni siquiera latín. Y para entender algo tendría que empezar por ahí. Pero tengo que trabajar. ¿Entiendes? No es nada personal —le decía a mi pito—. Yo respeto tus opiniones. Si quieres, te daré el voto en las próximas elecciones. Pero, por favor, estáte calladito.

No había manera.

En vista de que para poner fin al dolor de cabeza que me provocaba la cháchara de mi pito no había más que una solución, lo agarré con fuerza con una mano y empecé a frotarlo arriba y abajo,

tilín-talán. No era tarea fácil, porque el muy pérfido continuaba hablando sin descanso, y eso me hacía perder la concentración. Pero al final conseguí lo que quería. La nieve blanca resbaló entre mis dedos, tibia y abundante. Ese olor que tan familiar nos es a los hombres llegó hasta mis fosas nasales. Y tal y como pude comprobar con gran alegría, mi pitalín permanecía silencioso. Y los ojos, cejas y nariz que le había dibujado también comenzaron a correrse. Y yo no sé por qué, pero el caso es que se me ocurrió pensar que me hallaba en Venecia, que había estallado la peste, que me había enamorado de un jovencito imberbe, y que el rímel se deslizaba por mi rostro en gruesas gotas.

XIII

Un hombre bebía de un vaso de vino sin fijar los ojos en sitio alguno. De repente su mirada resbaló hacia el fondo del vaso y se vio allí a sí mismo: halló en los posos su pasado, presente y futuro. Comprendió que bien podía ser el inicio de un cuento o narración literaria, pero... estaba condenado al fracaso. No era más que un hombre cansado, que contemplaba el fondo de un vaso, y al que le parecía tener visiones de cosas, por ejemplo: un pasado, un presente, un futuro. De súbito, pensó que en aquél vaso se hallaban todas las mentiras de su existencia. Y entonces se apresuró a acercar los labios al borde del vaso y trató de beber de un solo trago todas sus mentiras. Pero, apenado, vio que se

le atragantaban en medio de la garganta. Luego, miró a la botella. También ella... ¡estaba repleta de mentiras! Y quitó el corcho y vertió en el vaso un generoso trago de mentiras y hasta que no estuvo a rebosar no bajó el cuello de la botella y volvió a poner el corcho en su sitio. Contempló el vaso en silencio. Le gustaba ver a las mentiras flotar en aquel pequeño espacio. Eran mentiras negras, tanto por su color como por su tamaño. ¡Todos sabían más que él! Cosa que era del todo imperdonable. Echó un buen trago y volvió a mirar la botella. ¡Qué diablos! Tenía ahora más mentiras que antes. Cuanto más bebía, más se llenaba... Más se llenaba... Más se llenaba... No sabía qué le resultaba más aterrador, si la soledad de sus mentiras o la soledad que llevaba dentro de sí. En una época había amado el sexo, los clubes nocturnos, las mujeres fatales... aquellos tiempos en los que las mentiras se le aparecían revestidas de oro... Qué lejos quedaba todo aquello... Miró a la botella y vio que el corcho había saltado y que las mentiras se salían por la boca de la botella. Pensó en taponarla con el dedo pero vio que por las uñas le salían unas cositas negras y pequeñitas y comprendió que aquello era el final, el final de algo. A saber de qué. Allá estaban las mentiras, dentro y fuera: en el vaso, en la botella y en sus uñas. Negras, pequeñitas, numerosas. Inmutables. Pero él no era el de siempre. Desde la ventana de la cocina todo se volvió negro; las mentiras volaban e intentaban entrar al interior. Y eran tan pequeñas, que salían de todos lados: de la rejilla de aireación, del extractor de humos... Del

frigorífico, de la lavadora, del cubo de la basura... Las mentiras salían de todos lados. Aparecían en cualquier lugar que poseyera cuerpo espacial. Negras, pequeñísimas. Y producían un suave zumbido. El aire de la cocina era como el carbón, con infinidad de puntos negros esparcidos por todos lados, arremolinados, nocturnos, a saber en qué hora —en qué año—, por qué y para qué... Constituían el final de algo y, a decir verdad, a él aún le hubiera gustado, si hubiese sabido marcharse con un poco más de alegría. Pero la alegría era algo que —al menos en ese instante— había extraviado —tal vez para siempre—. Penoso, sí, pero ésa era la verdad... *¿La verdad?* ¡Increíble! Al escuchar la palabra mágica todas las mentiras comenzaron a desaparecer. De la botella, del vaso, del frigorífico, de la rejilla de aireación, de la ventana de la cocina... Todos los diminutos e ínfimos puntos negros comenzaron a desaparecer. ¡Bravo! Ahora, todo volvería a ser como antes. Había que celebrarlo. ¡Viva! Vertió vino en su vaso, en un alarde de generosidad.

XIV

Las ballenas llegaron a tierra para morir. Fue un día extraño para todos. Eran enormemente enormes y al mismo tiempo tan indefensas...

Habíamos oído muchas historias acerca de las ballenas... Por ejemplo, que sabían cantar. Más

que cantar, que eran capaces de enviar sonidos y rumores a través del mar y de las olas. Estaban llenas de misterio.

Pero ahora se hallaban varadas en la playa e iban a morir.

Llegó la noche. Todavía no estaban muertas.

Cuando en la oscuridad de mi habitación cerré los ojos, escuché las canciones y sonidos de las ballenas. ¡Así que era cierto! Las ballenas cantaban y se intercambiaban mensajes y melodías. Era un idioma misterioso. «La lengua *cretácea*».

No estaban tristes. Era como el irrintzi salvaje repetido en el eco de las montañas, sólo que mucho más sinfónico. Era similar a un coro, en el que el sentimiento de cada miembro se desvanece entre los sentimientos de los demás.

Parecía que el mar hablaba. Las olas, ya sabéis. Casi-casi, puro jazz. Y en cualquier caso, extraordinario todo ello.

Había abierto la ventana de mi habitación para escuchar mejor sus canciones y melodías.

Claro que no entendía las letras... Pero podía comprender perfectamente el sentimiento del grupo. Porque no era únicamente el sentimiento de

una sola ballena, sino el del grupo entero. El grupo moría y vi con claridad que todo el grupo era consciente de ello.

Aquello no era una expresión ni de alegría ni de tristeza. Era el sentimiento de las ballenas, y nada más. Yo podía entender ese sentimiento, pero ni yo ni nadie hubiéramos sido capaces de emularlo, ya que nosotros no somos ballenas.

Continuaron cantándose unas a otras sus últimas canciones y melodías. Era como si de esa forma olvidasen que estaban trabadas en la playa, como si creyeran que continuaban en el mar abierto, nadando, libres, lejos aún de la muerte.

La Edad del Hielo, La Época de los Glaciares, La Tierra del Fuego, Valparaíso, el Polo Norte... Rememoraban su patria. Por eso no les importaba morir, porque llevaban dentro de sí sus orígenes.

Continuaron cantando e interpretando, como si no estuvieran perdidas. Pero los realmente absurdos éramos nosotros, no ellas. La evolución no es un juego. Nosotros habíamos empezado a existir mucho más tarde que ellas. En comparación con las ballenas, sólo éramos unos principiantes. Ellas sabían todo cuanto había que saber; nosotros, sin embargo, hubiéramos temblado ante la muerte, por nuestro absoluto desconocimiento de la natura-

leza... de nosotros mismos... de nuestros días pasados.

Los cantos y melodías se multiplicaron, se sucedieron con mayor velocidad.

La ventana de mi habitación continuaba abierta y poco a poco empecé a comprender el significado último de toda aquella muerte animal. No malgastaban su tiempo acerca de grandes hechos; actuaban como si nada hubiera sucedido. Y, en verdad, nada especial había sucedido.

La vida y la muerte eran el mismo túnel. El atravesarlo, un acto sin relevancia.

Cuando los cánticos y melodías se hubieron extinguido, me quedaron la noche y el calor del verano, así como el recuerdo de aquellas canciones y de aquellas melodías.

Y con ese recuerdo, me quedé dormido.

XV

Por un instante, pensó que el alma le dolía. Y para cuando se dio cuenta, ya estaba en el hospital. El corazón.

Lo metieron deprisa y corriendo en la antecámara de la muerte. Le importaba un pimiento. Esta-

ba a gusto así, bien repantingado en su camillita blanca, todos tan ocupados en su querida persona —quizá, por primera vez—. ¡Qué diablos! Había que aprovechar. Sin imaginarse siquiera que era una cuestión meramente bancaria.

Luces. Según parece, un quirófano. Y él, la estrella del espectáculo.

«¿Quieren que les baile un tango?», se le ocurrió al muy tontaina.

Una de las enfermeras era un tren. Y él, incorregible: «¡Oi, camionsito mío!».

Y es que incluso en la agonía el sexo nunca muere. Cosas de la naturaleza orgánica, y demás.

«Cuánta preocupación muestran estos señores con la piojosa vida de este humilde servidor. ¡Gentes de buen corazón!»

Se le escapó un cuesco de puro horror que tenía. ¡Un escalpelo y navaja afiladísimos! «Te vas a rebanar un filetito, cabroncete?»

Aparecieron más pivas. Fantasmagóricas todas. Vestiditas de blanco. Algunas bien alegres. Ligonas. Aprendizás, lo más probable.

«Experimentación gratuita, a quien se atreva».

Pero lo peor estaba aún por llegar. Alguien va y dice:

—¿Está listo el corazón del cerdo?

A una chica preciosa le entró la risa loca.

—¿Más anestesia? —otro.

—No hace falta. Está como un churro —el jefe o...

«¡Que os oigo todo!» quiso gritar. Pero no pudo. Estaba como muerto y él no quería el corazón de un cerdo. «¡Mejor morir!». Que si quieres arroz, Catalina...

—Parece de Jabugo —un gracioso.

—¿Y tú qué sabes? —otro que tal cual—. ¿Lo has probado o qué...?

Ji-ji-jí-ja-ja-já.

—¿Os han metido ya la nómina? —el mismo de antes, con aire preocupado ahora.

—¡Cagoendios! Siempre tarde esos jefazos!

—¡Malditos cerdos!

Todos partiéndose el culo de risa.

«¡Dios Mío, me estoy muriendo!»

Nunca pensó que algún día moriría. Como todos. Mira tú por donde creyó «soy inmortal»... y luego le costó asimilar la carga. Un corazón ahora, un intestino luego... ¡Excusas! ¡excusas!

«Tarde o temprano tenía que ocurrir».

Sí, alguna vez tenía que estallar. Pero, con un corazón de cerdo...

«Qué tiene uno que hacer para convertirse en seguidor de Jehová?»

Sintió que su carne se rasgaba. No era tan terrible. Una sensación extraña, sí, pero nada más. En fin. Si no por viejo, por pendejo.

«Jo, jo».

—Felipe se va a divorciar.

—¿En cuánto?

—¡Uf! Su mujer es abogada. ¡Imagínate!

Carcajadas.

—Éste tiene más suerte.

Carcajadas terribles.

—¡Eh! Dejad trabajar. Casi se me tuerce el escalpelo.

El quirófano se me ha hecho inmenso. Y he pensado que toda esa gente está muy lejos. Las ganas de llorar se me han anudado en la garganta, al recordar que van a ponerme el corazón de un cerdo. He tratado de imaginar el olor de un cerdo y no me ha hecho ninguna gracia. Me siento humillado. Creía que la única cosa que nunca jamás podrían quitarme era mi corazón. Pero estaba equivocado, como siempre. Y entonces he recordado que mi último libro está sin acabar, y que tengo aún tantísimas cosas por hacer... No, no quiero morir. Todavía no, al menos. Alargad el plazo, por favor; aunque sólo sea por unos cuantos años, meses, horas... Ya sé que no valgo mucho. Pero, aún así, quisiera intentar acabar lo que he dejado empezado, mirar por última vez el mar, responder por última vez a la llamada de una mujer en celo... ¡Sí, ponerme el corazón de ese maldito cerdo! Gruñiré, cuando me despierte. Me revolcaré en el barro... ¡Lo que queráis! Pero, os lo ruego, no me dejéis morir. ¡No me dejéis morir!

XVI

Simón Bolívar. El liberador. Yo también quería ser precisamente eso: ¡el liberador de mis pensamientos! Seguir los pasos de Demócrito... Oh, casi lo he olvidado: estoy preso en una cárcel. Quizá es por ello que continuamente pienso en la libertad.

De todas maneras, debo admitirlo: aquí vivo a gusto. Allá afuera no tenía más que problemas.

Estando preso, todo es más fácil.

A veces, sin embargo, siento un poco de dolor. Cuando me acuerdo de Rosa. No sé qué vería en aquel chico de Barcelona que no tuviera yo. ¿Una sólida cultura acaso...?

Comencé a estudiar abogacía en la UNED y este año he finalizado la carrera. Sí, soy abogado. Los compañeros de cárcel me dicen «¡eh, abogado!» y luego todos nos echamos a reír.

Ayer por la noche tuve un sueño: soñé que comía frutas tropicales. Eran muy dulces y sabrosas. Cuando desperté, abrí el grifo del lavabo y bebí agua hasta hartarme. Era tibia e insípida, como siempre. Luego, eché un vistazo a la celda: la reja, el camastro, un desnudo del siglo XVI, la botella de cognac (¡favor que me costó mil duros!), el piloto rojo de la radio...

Hace muchos años, en el polideportivo que más tarde se convertiría en la Feria Internacional de Muestras de Bilbao, con Pantxo, en un concierto, «Bloke» y no sé quién más, «porritos»...

Por un momento, he sentido nostalgia, y refrescado mi rostro con el agua tibia del lavabo amarillento, pensando ya en el día siguiente...

Barcelona, el tren nocturno, los kioscos de la Rambla (¡los cómics!), el piso de Maite, el hermano de Rosa...

Es decir, la libertad.

De todas maneras, no tenía ninguna prisa por salir. Estaba a gusto allí, en la cárcel. Tenía amigos. Cigarros, horas de patio... Recuerdos. Por ejemplo, Rosa. O Eva...

¿Sabría mi hijo quién era yo, su padre? Y si así fuera, ¿qué pensaría de mí? Quizá, no sabía porqué su padre estaba en la cárcel. De modo que sabría tanto como yo, pues yo mismo no lo sabía. No era un preso político, aunque tampoco me sentía sociable.

Lo que sí que sé es que me sentía. Y que estaba muy a gusto dentro de mi propia piel. Es decir, conforme.

El patio de la cárcel era como un claustro, sólo que sin columnas. Cuando el sol brillaba en lo alto, no podías esperar hallar una sombra en la que refugiarte. Eso hubiera sido tan descabellado como disponer de un clavicordio en una de las paredes de tu celda.

De todas maneras, no tenía prisa. Aún más, muchas veces me parecía que el tiempo de la cárcel transcurría con demasiada rapidez.

Hacía mucho tiempo que me había dado cuenta de que todos los presos aguardaban con ansiedad que el tiempo transcurriera.

Pero yo no era como ellos, y ellos lo sabían. Y no les importaba. Lo habían acabado por asimilar como una norma más de la prisión.

Eran muy amables.

Yo también era bastante amable.

En fin, que no había prisa.

Escribí mi nombre en una de las paredes de mi celda y me sentí como si estuviera dando noticia de mí en una de las tapas de un sarcófago.

Yo era una momia y dentro de tres mil años tendrían noticias acerca de mí. Así que era preciso dar con un buen maquillaje.

Antes de ponerme delante del espejo, pensó que haría bien en prepararse un café bien cargado.

Un amigo mío, Julen, me había traído una cafetera en una de sus visitas. Él también siempre fue muy amable.

De todas maneras, ya sabéis que no tenía ninguna prisa. Aquella cárcel no estaba tan mal. Me servía para controlarme. Lo cual no es poco.

Cupido también habitaba en esa cárcel. Es decir, en mi cárcel. No se lo digáis a nadie... es mi amante. Le pongo una venda en los ojos, antes de poseerlo.

Al cabo de cuatro años fundé una revista: «Viento de Libertad». Así se llamaba.

Costaba 125 pesetas. Pero no la compraba nadie.

Afortunadamente.

¿Aún no te has dado cuenta de que Gabriel Aresti no está muerto?

Estaba tan claro que decidí no volver a tomar otro café.

La cárcel era un trozo de carámbano de hielo de formidables proporciones. Así que encendí un fuego y traté de calentar mi ánimo.

Me sentía como un francotirador, sólo que privado de diana.

—¡Eh, Pepe! —le grité a un funcionario—, ¿cuándo vais a traerme el escritorio de caoba?

Se rió y entonces comprendí que tenía ganas de volver a empezar de nuevo.

Dentro de doce años, ocho meses y veinte días.

La había cagado bien.

Qué se le va a hacer.

XVII

Los limones son como jóvenes negritas esbeltas: sensuales, ácidos, deliciosos, imprescindibles en todo buen vermut que se precie.

Cuando Txanka todavía vivía...; o mucho antes incluso de que el puti-club de los padres de Tomás cerrara...

Estaba en el cine «Bellas Artes», con siete años, de chicharra, cuando se le acercó aquel tipo y comenzó a tocarle...

Se marchó pero era demasiado tarde. Franco aún vivía. Y eso tampoco tenía ya remedio —ni el amigo muerto en aquella manifestación—. También a mí me atraparon una vez. Y Josu se convirtió en drogadicto (¡quién habría de decirlo, precisamente él!)

Hacía falta música de discoteca para digerir todo aquello. Camuflarlo con un poco de Internet. ¡Joder, qué difícil es tomar el mal camino!

Al menos, no le hacía falta esmerarse demasiado —hallaba las editoriales honradas en exceso.

Estaba claro: yo no era un empresario, aunque amaba el dinero.

Fue una noche que dio mucho de sí.

No estaba en ninguna parte; no sucedía nada.

De repente, se me acabó el cognac. Y me sentí vencido. K.O.

Terminé el café, apuré el chupito, y traté de comprender a John Locke.

Yo era un mochuelo nocturno y la sala del Moulin-Rouge estaba al pil-pil.

Las pléyades y las figuras de la época romana morían y resucitaban al ritmo de los Rolling Stones.

¡Oh, calles de Londres: me traéis al recuerdo el verdor de guitarras eléctricas! Dejadme, una vez más probar, desear, evocar el olor del sexo de una mujer...